EL MENDIGO

Se llama Juan. No tiene dónde caerse muerto;
ha arruinado su vida trabajando muy fuerte;
y ahora que está viejo, sólo espera la muerte
que habrá de liberarlo de su vivir incierto.

En tanto que los fríos lo van dejando yerto
y las contínuas hambres, día tras día inerte,
visiona crueles cosas y maldice su suerte:
la que páramo lo hizo cuando pudo ser huerto.

Miserable, impotente, que malcubre un andrajo,
va pidiendo limosna quien pidiera trabajo,
quien nunca fuera fraile, diputado o ladrón...

Y de Juan esta suerte de infecundos dolores,
os espera a vosotros, rudos trabajadores,
si no hacéis prontamente la Gran Revolución.

FERNANDO DEL INTENTO

IDEAS

10 CENTAVOS

EDICIÓN DE "IDEAS"

1922

LA PLATA

EXPLICACION NECESARIA

La idea de este folleto nos fuè sugerida un día por un compañero nuestro que supo, junto a nosotros, trabajar fuerte y de firme por la propaganda. Hoy, aunque alejado del Grupo que él contribuyó a formar con su ferviente entusiasmo, y al que tanto cita siempre, donde se halle, como un ejemplo de verdaderos amigos, hoy, decimos, a pesar de la distancia que, por culpas de la vida, nos separa, no por eso nos olvida. Lo prueba este manojo de artículos que, como ya lo hemos dicho, ha iniciativa de él mismo publicamos.

Permítasenos entonces que nuestro afecto le nombre: es Segundo del Río.

El título de éste folletó es también a sugestión del amigo ya nombrado.

Y el todo, lo constituye unos cuantos de los mejores editoriales de "Ideas", que el autor, compañero del Intento, ha venido dando a luz en el citado periódico, a través de los cuatro años de vida que va cubriendo.

Y ahora, dada ya la explicación que creemos necesaria; ahora, en estas horas revueltas, de confusión, de mentiras, y de diatribas y gritos que entrañan éste propósito: arrearse a los pusilánimes como a infelices cor-

deros, amilanar a los valerosos, y a todos y cada uno tejerles alrededor, como arañas a las moscas, la telilla del sofisma; ahora precisamente, en estas horas fugaces de cínicos y de apóstatas, ambiciosos de mandar, vaya a la calle el folleto, con la misma decisión, la misma energía vibrante y el mismo resuelto paso «de un hombre que sale de la muchedumbre, trepa a una mesa y habla».

¡Que hable, sí, y que su palabra sirva a la idea anarquista que nosotros propagamos!

Tal es nuestro primordial deseo. Ni más ni menos.

AGRUPACIÓN "IDEAS".

Año 19[illegible]

EL AMOR LIBRE

Mirada la sociedad desde cualquiera atalaya, llegamos a divisar que arriba, abajo, a los flancos, a nuestro frente y detrás, la corrupción nos invade como a un terreno baldío la manzanilla o a una playa las mareas. Todo está falsificado, desvencijado, contrahecho. Todo está podrido, sucio, retorcido o averiado. Todo está, en una palabra, como flor de regadera. El arte, es una «pasión» de fleco, pose y trastienda. La virtud, es algo necio, de relumbrones externos o de perfumes de incienso, que lo mismo podrían ser de establo o de tocador. La sapiencia, es la idiotez investida de poder o graduada de doctor. La amistad, es la canción eterna de las sirenas. El valor es la actitud creada para el figurín. La decencia, es el vestido. Y el servilismo es la sola realidad, es el verdadero rey: *quello che commanda tutto.*

En una sociedad así, en que hasta lo mismo sano tiene tantísimas veces que abandonar sus fortines para sumirse en el lodo; en una sociedad así, sin un jeme de lugar para asiento de lo bueno; en una sociedad así, sin un adarme, siquiera, de honestidad o decoro, ¿podía el amor,—esa aurora de las carnes y las almas,—podía el amor,—esa chispa fautora de germinales,—podía el amor,—esa gracia que unge de luz y belleza a toda la especie humana,—salvarse de la invasión corruptora, vivir al márgen de la doblez y la infamia, ser magnífico y ser puro?

Tendamos nuestra mirada en un círculo completo y hallaremos la respuesta requerida.

¡Nó! dicen aquellos dos jóvenes que han consultado primero en el registro social, la posición más o menos espectante en que viven o figuran, para empezar el flirteo. *¡Nó!* expresan aquel caduco vejete y aquella pálida chica unidos por intereses. *¡Nó!* canta a grito pelado aquel hogar de miseria material, moral y física, que encontramos en todos los barrios pobres. *¡Nó!* significa en su gesto aquella grave matrona que mira tierna al cochero que la arrastra diariamente a los paseos. Y *¡nó!* lo manifiesta el perenne aburrimiento de aquel padre de tres niños, el murmurar sin término de aquella mujer sin hijos, los ojos tristes de aquella reciên casada, y en fín, la inquietud perpétua de aquel Don Juan ardiente pero sin garras, que para conquistar a la Doña Inés que goza, tuvo que cruzar primero el Rubicón, odiado del matrimonio.

Nó y nó y nó es la respuesta que callan todas las

bocas, cerradas por la mentira, pero que sale de todos los rostros, cae de todos los gestos, emerge de todas las actitudes. Y nó y nó y nó, será constantemente esa respuesta, en tanto el amor sea esclavo, en tanto sea ignorante, sumiso y prejuicioso, en tanto viva referido nada más que a intereses, como una tropa de bestias, o a compromisos, como cualquier pagaré; y en tanto y sobre todo, la libertad de que goce, sea libertad tapada, de maniobras ocultistas como cualesquier delito, de moral para la calle, de falacia, de mentira, de prostitución en fín.

Por eso los anarquistas queremos libre el amor,—libre en el más amplio sentido y en el más sano también. No nos atemorizan las consecuencias que puedan sobrevenir por la libertad; al contrario, las deseamos, porque estamos convencidos que ese es el único medio de afirmar sobre la tierra, la independencia de espíritu, la brava salud moral, la franqueza y la verdad. Y por eso, a los timoratos que no conciben las cosas sino regladas, medidas, dosificadas y próximas, igual que a los pudibundos que a pesar de sus virtudes asocian a nuestra idea inmundas concupiscencias de cabras, perros o monos, les decimos: no temáis que el amor libre nos traiga el libertinaje; ved antes vuestra sociedad moral, civil, religiosa; contemplad la pudrición de que vivímos rodeados, la truhanería que, lenta pero segura, invade hasta lo que pensábais, más sagrado; la falsedad qne nos salpica, la mentira que nos macula, el engaño que nos envuelve y nos enrieda en sus telas; y frente a este fracaso sin remisión ni compostura, de vuestras leyes y vuestras instituciones, que cuentan tantos siglos, y ante vuestra impotencia que ya no acierta a dar con el remedio curador del mal, respondednos sinceros: ¿no os parece que ha llegado el momento de que nuestros asuntos sean resueltos por la infinita vía de la libertad?

He ahí el remedio que preconizamos los anarquistas y que hasta ahora no se ha ensayado, porque siempre se temieron los radicalismos salvadores. Sin embargo, es el único que queda en el botiquín social. Los demás—bendiciones sacerdotales, vénias civiles, indisolubilidades, divorcios y cuantas componendas quieran seguir fraguando vuestros cerebros en fiebre,—no son ni serán nunca otra cosa que paños tibios, cataplasmas, te de malvas o agua sucia que no os darán jamás la anhelada solución.

¡Solo la libertad es la purificadora! Conquistémosla pues, desde ya mismo, poniendo en práctica lo que pensamos.

¡Eso es obra!

Año 1918

LA SUPREMA AFIRMACION

De negaciones está compuesta la filosofía anarquista; de negaciones rotundas y rasantes como un tajo.

Niega la patria, la ley, la divinidad y el robo. Niega el ocio, la tristeza, la cobardía y el odio. Niega en definitiva, el mal. La filosofía anarquista, pués, rompe, raja, incendia y tala, es cierto, pero...«destruir es crear».

Fijáos bien: destruir es crear.

Demoler hasta el cimiento, abatir con ansiedades, meter el alma y la garra, socavadoras, rabiosas, en el caduco edificio, es poseer una fiebre de iluminado, es sentir una angustiante, secreta urgencia creadora por acabar de una vez, para la erección o el paro de la visión, del ensueño que polariza constantemente nuestras vidas, nuestros deseos y nuestras acciones.

Destruir, porque entre ceja y ceja un grávido pensamiento nos albea. Destruir, porque entre pecho y espalda hay un agitarse de alas que saltar afuera quieren. Destruir, porque en el cerebro el feto del porvenir hace fuerza por nacer. Destruir, porque las dos manos se estremecen, anhelantes, por el fín, ¡éso es crear!

La filosofía anarquista es una filosofía de negaciones.

Niega la patria (destruye) porque la patria es mentira: no tiene generosidad, no es madre, ni favorece. Arma el brazo del hombre contra el hombre, endiosa al más asesino, olvida al fecundador y protege siempre al más rico que es siempre el más miserable.

Niega la ley (destruye) porque la ley es tirana: preside las grandes fráguas donde se forjan las cadenas de los pueblos; usa en sus tratos con estos, el rebenque o la espada, según como le acomode, y se deja tumbar—eterna meretriz—por los señores de títulos nobiliarios o de banca.

Niega la divinidad (destruye) porque la divinidad, primer terror de los seres, no existe ni existió nunca sino en la mente precaria, incapaz de un solo adarme de pensamiento valiente; y porque a su inmensa sombra medró como un hongo vil todo ese parasitismo ora blanco, azul o negro que se llama sacerdocio.

Niega el robo (destruye) porque el robo es privilegio, nó natural, como el perfume en las flores; nó de los mejor dotados, sino de los peor nacidos: de los degenerados, de los débiles; porque el robo es posesión,

en el sentido jurídico de la palabra, y la «propiedad es robo».

Y niega el ocio, la tristeza, la cobardía y el odio (destruye, destruye siempre), porque niega el mal que es esto y es aquello y es todo cuanto nos rodea.

Pero la filosofía anarquista, al mismo tiempo que niega, rebota, por espíritu creador, hacia la fecundidad; y se florece de afirmaciones.

¡Sí! Muerta la patria, surge la idea de universo junto a la de humanidad, las que comprenden la idea de fraternidad.

Muerta la ley, se alza la autonomía, para los grandes conciertos de la libertad.

Muerto Dios, se tonifica el valor único: el hombre; y el centro de gravedad desplazado de los cielos, se hace punto de partida sobre la tierra, para la obra del paraíso por tantos siglos escamoteado.

Muerto el robo, por exclusión de su causa, se abre la era robusta de la paz y del trabajo. Y nace la alegría y se hace el alba del valor y de la dignidad, porque es el amor la única ley y es el respeto mútuo la única moral.

La filosofía anarquista, pués, es la filosofía de la suprema afirmación.

Año 1918

EL ANARQUISMO

Doctrina que amasa el pueblo con esfuerzos de titán y con paciencias de genio, es doctrina terminada, redondeada, de arte, de vida, y de acción.

De arte, porque es sonora armonía, justa, clavada, total, que sinfonizan las almas abriéndose al porvenir en amplias afirmaciones; porque es ritmo prodigioso, expandimiento interior, pulsación de eternidad.

De vida, porque es pasión puesta al servicio de una alta, vibradora y explendente aspiración de salud; y es savia de humanidad, músculo de juventud y nervio de todo bien.

De acción, porque es vigor acarreado de todos los tiempos tristes, de todos los «bajos fondos», de todas las amarguras y de todas las derrotas, que quiere cumbrear al fin, como un grito de victoria, como un ala, como un sol.

Y de arte, vida y acción, porque es canto, luz y afán, modelando, estremecidos, la obra magna del futuro.

***

Doctrina que amasa el pueblo con esfuerzos y paciencias, es doctrina terminada a pedir de cualquier boca. Y el anarquismo es de aquellas que hasta ahora no tienen par.

Surgida, robusta y fuerte, al cabo de mil ensayos en mil siglos diferentes de civilizaciones más diversas, es un acervo radiante de cálidas emociones y de graves pensamientos en feraz ebullición.

Tiene un principio, producto directo de la experiencia, que es todo un fundamento irrefutable: el principio negativo. Este ha cavado en los tiempos, ha ido a la misma raíz del maldito árbol del mal, y ha sacado en conclusión que, para el triunfo del hombre y sus ensueños de sempiterna armonía, hay que dar vuelta la tierra y arrancar de cuajo el árbol.

Tiene un fin, también, y es éste afirmativo y sencillo: el de la libertad. De éste fin y aquel principio en que el anarquismo expónese, surge su filosofía,—filosofía que entraña toda la vida del ser y de la colectividad.

El anarquismo es pues, doctrina de abarcamientos; es cúmulo de experiencias, es conjunto de deseos claramente definidos y resúmen de esperanzas que han florecido en acción. Y así ha llevado hasta el pueblo sus proficuas enseñanzas: desde la plaza, la cátedra, el libro, la hoja fugaz, el manifiesto, la huelga y hasta la bomba también.

No hay problema alto o pequeño, de profundidad o llaneza, que el anarquismo no haya además investigado. Desde el primero y abstruso de la conciencia—tema de especulación de religiosos rapados y filósofos intonsos,—hasta el último y más claro de la vida de relación—objeto de discusiones de historiadores sesudos y calvos economistas,—todo ha sido acometido por el análisis crítico de la doctrina anarquista. ¿Y qué conclusión, en suma, ha surgido de este análisis? La única, la evidente, la que es preciso surgiera, la que no han podido, ni pueden, ni podrán nunca abatir los nuevos, los más hondos, complicados metafísicos: que para el pleno apogeo del hombre, sobre la tierra, hay que destruir el espíritu de obediencia, por medio de la educación en ideas de libertad, y el atávico, explotado principio de autoridad, por medio de la revolución.

***

Doctrina que amasó el pueblo, el anarquismo es de aquellas que no se matan ni «empardan»...

¡Truco y truco!

Año 1918

LA VIOLENCIA

Hablamos de la violencia de arriba, hecha ley y hecha sistema. Nos referimos a aquella constituída para la trabazón o el atropello, producto de un estado de espíritu repleto de prevenciones y de un estado ambiente en que la corrupción es lo normal y hasta lo moral también. Queremos significar nuestras potentes razones contra el asunto, en cuanto ellas favorecen el vigor de nuestra crítica y el de nuestras conclusiones. Somos anarquistas... ¿Precisaremos decir, entonces, que vamos hasta el fín, en todo?

Hablamos de la violencia organizada. A este respecto, decimos que ella es puramente negativa. No puede haber duda en esto; basamentada en el odio, fortificada en los dogmas, alimentada a través de tiempos y de lugares en el principio de autoridad, y para cualesquier clase de hechos, siempre en guardia o prevenida, es natural que su espíritu no sea ni pueda ser otro que el de la negación.

Comparémoslo, para resalte mayor, con el sano, afirmativo, que es, ha sido y será constantemente el mismo, en toda la naturaleza. Veamos, pues... El cataclismo sidéreo nos regala un mundo nuevo. La rotura del claustro materno, nos brinda un hijo. La eclosión de los capullos nos depara una mariposa o una flor. ¿No hay en esto, amigos, un permanente sentido de salud? ¿No se deduce también, del paragón establecido, que el espíritu de la violencia de arriba, hecha ley y hecha sistema, sirve a la negación, cumplidamente?

La violencia organizada es por lo mismo conservadora. No ama el progreso, porque éste tiende a hacerle abrir el círculo con el que abraza a la vida, cuando es el ideal de ella estrecharlo más y más. No ama tampoco la libertad, porque la libertad es expansión, desborde, fecundamiento. No quiere ser discutida, porque la discusión la arrollaría. Ni admite, en fín, el análisis, porque se sabe cimentada sobre una sucesión inacabable de prejuicios.

El juez, el militar, y el vigilante, todos tres, símbolos tangibles de la violencia social que soportamos, prueban con más elocuencia que nuestras propias palabras, su esencia conservadora.

La violencia organizada es por lo consiguiente injusta. No podría tampoco dejar de serlo. Obligada a conservar, es necesario, es fatal, que defienda, cubra, ampare todo lo que la favorezca. De este modo, sólo aprecia, nada más que los efectos en sí, y es sobre ellos, nada más, que gravita. Pero sabe entre estos distinguir; sabe clasificarlos, sabe cuales son sobre los que debe hacer sentir todo su peso o vigor. Lo que no sabe es remontarse a las causas, o mejor dicho, no quiere, porque en ellas hallaría junto a sus propios orígenes, el *¡nó!* rotundo al derecho a la existencia, que ella pretende haber adquirido naturalmente.

De ahí es que para su sentido de la equidad, tan degenerado en ella, hayan ladrones que merezcan el encierro y ladrones aún mayores, que sean dignos del aprecio y de la cumbre. De ahí también que hayan simples criminales acreedores a la cárcel y criminales de mucho más grande abarque, con derecho a disfrutar de la comodidad y del laurel.

Contra esta organización de la violencia, los anarquistas hemos arrojado más razones que semillas la mano de un sembrador. Hemos probado hasta la saciedad que ella es la ley que ha regido en toda la historia humana. Hemos hecho ver también que su justicia falaz, fué siempre provocadora de los respingos de abajo. Hemos, a más, demostrado que cuando no se aplicó a destruir todo lo que diera un paso en sentido progresivo, se concretó a conservar. Hemos en fín, puesto en evidencia constante, su más constante maldad.

¿Quiere esto decir que despreciamos la violencia? Sí, en cuanto está constituida para la negación, la conservación o el aplastamiento. Nó, en cuanto significa reacción de fuerzas vivas, independencia, justicia.

Y por eso los anarquistas preconizamos y propagamos la revolución; vale decir, la violencia constructiva, el alzamiento de todos los oprimidos, de todos los no conformes con un estado de cosas depresor y abominable, contra la violencia organizada, sistemática, de todos los opresores.

Año 1918

EL IDEAL ANARQUISTA

No es cierto que haya un ideal superior al anarquista. Su corta vida llevada contra todo lo estatuido, lo canta claro y sonante, como su actuación lo prueba.

Tiene fe, tiene valor, energías y entusiasmos. Fe, porque sabe y confía que antes de que se quede helada la tierra en la que pisamos, han de hacerse las soñadas, las supremas armonías. Valor, porque está seguro que el progreso ha de cumplirse, y no ignora que su aguante

es de ese nervio inflexible de cualquiera ley interna: ingénito, de substancia, connatural a todos los desarrollos. Energías, porque nutre sus profundas convicciones en los senos seculares de la salud,—de esa salud que persiste reciamente, pese a las mil epidemias de los vicios y perjuicios, en el árbol rumoroso de nuestra especie. Y entusiasmos, porque es jóven, sobrado de rozagancias, de ensueños y de lirismos, aún bajo las frentes graves de nuestros viejos compañeros y en el propio corazón de nuestras ancianas luchadoras.

No hay pues un ideal más alto que nuestro ideal anarquista. No lo hay, tampoco, menos dogmático. Todos los gustos, las esperanzas, las generosidades caben en él y él cabe en todas las conciencias, abiertas a la sinceridad como un cariño santo a otro cariño... Es la vida, pero la útil, la buena, la que se entrega igual que un río fertilizante, como un afecto.

¿Queréis la ciencia? También nosotros la queremos.

¿Queréis esa reforma que va de adentro hacia fuera? También nosotros la queremos.

¿Queréis ¡oh enamorados! que sea libre el amor,—libre de utilitarismos, libre de tutelajes, libre de compromisos, libre de prejuicios y libre de esa moral hecha por zorras de iglesia, que muestra, como un escarnio, los grandes vientres fecundos sin la sanción de la ley? También nosotros la queremos.

¿Queréis que la propiedad no sea más la soberbia de unos cuantos y la esclavitud del mayor número? ¿Que deje de ser el oro un timbre de privilegio y un hecho de explotación? ¿Que la patria sea una sola como la solidaridad? ¿Que el trabajo sea la alegría y la riqueza un bien común? Tambièn nosotros lo queremos.

¿Queréis que las religiones católicas, mahometanas, brahmínicas o budistas, no puedan engañar más y desalojen el sitio que le usurpan el progreso, hundiéndose para siempre en los pretéritos tiempos? También nosotros lo queremos.

¿Queréis que todas las leyes, todas clases de políticas, todas clásicas tribunas de apetitos, mentideros, farolerías y audacias, desaparezcan del plano surcado de odios, de lágrimas, de desdichas y de ruinas de la sociedad en que actuamos? También nosotros lo queremos.

Y porque queremos eso, que sería la «felicidad total: maldito nombre»—según el torpe decir de uno que se pasó la vida haciendo genuflexiones «necias de lacayo;»—porque queremos eso, somos considerados peligrosos por los que azuzan a los pueblos, precipitándolos a la matanza, y somos conceptuados unilaterales y sectarios, por los que quisieran vernos hacerle mil concesiones al espíritu burgués y transar con la cordura tantas veces imbécil y sirviente, que nos circunda.

Pero, ¡qué importa! Nosotros queremos siempre.—Querer es un verbo activo, de punta, de afirmación. Queriendo se hacen las cosas. Quieren los fuertes. los sanos, los que poseen un fin. ¡Quiero! es la virtual palabra de las fecundidades y las renovaciones.—

Y si «el sentido de la tierra es el superhombre» que, también como nosotros, siempre quería más, el sentido de la vida, es la anarquía. ¡Dos sentidos soberanos, que en íntima conjunción han formado un solo ideal: el que venimos sembrando!

Año 1918

LA FELICIDAD

Toda la acción de los pueblos no ha tenido hasta ahora más objeto que la conquista de la felicidad. Es por su posesión, por su dominio, que ha corrido la sangre y se ha entregado la vida. ¿Como es que sin embargo y a pesar de tantas cruentas luchas, no la hemos conseguido todavía? ¡Ah! porque los objetivos, los nortes prefijados en donde ella debió de realizarse, fueron constantemente falsos.

La ignorancia, «pecado» original que todas las cabezas directoras han procurado siempre, a través de los tiempos, perpetuar; la ignorancia, primer estado, primera realidad, sin excepciones, de toda la humanidad; la ignorancia, que nunca tuvo otras vistas que las que algunas simples minorías, interesadas en su explotación, quisieron en su presencia desplegar, no pudo jamás saber ni comprender, que no era oro todo lo que brillaba, como tampoco era verdad tanta belleza prometida. Y de ahí que toda la acción de los pueblos, encaminada a la consecución de la felicidad, fuese siempre acción perdida, tirada por la ventana, para solaz de pillos y afianzamiento de tiranías.

***

¡La religión! He ahí la primera brillazón fijada a la psicología de los pueblos, como el único medio por el cual podría realizarse el suspirado ideal. Y los pueblos siguieron, como inmensos rebaños, a sus magos. Ignorantes, ni por malicia pensaron en el engaño. Esclavos de mil temores, dejaron uncir sus carnes a los yugos de aquí abajo. Y ciegos de ignorancia y estragados de es-

clavitud, fueron el propicio abono de todas las hecatombes. ¡Qué importaba la vida—se decían—si allá en los cielos, más tarde, tendrían la recompensa, en los goces infinitos de la eterna bienaventuranza!

¡Oh, cuántos dioses y cuántos paraísos, ante los ojos absortos de los pueblos tendió la teatralería truhanesca de los doctores: bracmanes, bonzos, profetas y demás sacerdotes de religiones! ¡A qué clase de recursos no echaron mano, con el avieso fin de proseguir haciendo duradero el exclusivo triunfo personal! Las ambiciones de las castas sacerdotales, no tuvieron jamás límite alguno. ¡Todo, todo, lo ensayaron! Y así, para agrandar sus dominios, unas veces; otras, para entretener sus ocios de corruptos sibaritas, y las más de ellas, para evitar cualquier destello de pensamiento que pudiera poner fuego a sus tronos, lanzaron a los pueblos unos contra otros, en esa inacabable sucesión de cruzadas y guerras religiosas, que llenan la humana historia de punta a punta. Y los pueblos se odiaron, pero también comenzaron a odiar esa felicidad para «después», que les hacía, entretanto, destruirse sobre este «valle de lágrimas».

Mas no por ello cejaron los religiosos; que a través de las guerras, fueron dando color a los Estados, remarcándolos, definiéndolos con más positivos trazos. Es así que fundaron las patrias, y con ellas el patriotismo,—ese otro modo de la religiosidad. Por consiguiente, la guerra continuó. Los pueblos prosiguieron destruyéndose, siempre bajo la dirección de los soberbios, de las altas clases, de sus tiranos físicos y morales. No se perdonó a los tímidos: se les fusiló. No se dictaron leyes de piedad, sino de persecución. No se predicó el amor, sino el odio y la venganza. No se prestó atención a los lamentos: se les ahogó o se les suprimió. Y hoy culmina en Europa la barbarie que ha alimentado el patriotismo y que la iglesia bendice.

¡Es la desdicha, nó la felicidad, lo que hasta ahora han conquistado los pueblos! ¡Les han mentido, pues!

Pero el estado de guerra no puede ser eterno. Viene el desgaste, el cansancio, y es preciso hacer la paz. Hay, empero, que continuar la farsa. No es bueno que los pueblos vivan dejados de toda mano; podrían fraternizar, podrían darse cuenta del vil engaño y arramblar con canallas y privilegios. Es necesario continuar sirviéndoles el clásico plato de la mentira.—Así piensan los elegidos, las castas sacerdotales de ayer, las clases directoras de hoy, los grandes pillos de siempre.—E inventan la política. Surge entonces, tras no pocos cálculos y tanteos, la idea del sufragio universal, y con ella, las urnas, las boletas del voto, las luchas comiciales, todo el inmenso fárrago de la falsía, con su secuela de dolos y de traiciones. La prensa, también «elegida», también directora (¡y cómo no, si es también interesada, en el sentido más bajo, más puerco de la palabra!) llena sus largas columnas, de estupideces políticas; no deja un solo claro para asiento de la verdad; el complot contra ella queda bien hecho; la trama de las burlas bien urdida. Y los pueblos votan. Presumiendo que son los soberanos, delegan sus poderes en Juan o Pedro. Y sube Juan, por ellos o sin ellos; y baja Juan para que suba Pedro de igual modo. Pero la felicidad apetecida, no les llega nunca, nunca...

Es que la felicidad no está en la mentira religiosa, ni en la patriótica, ni en la política. Allí, en esa vil trilogía, como lo afirman los hechos, no está más que la desgracia.

La felicidad está en ser libres; en suprimir las leyes, en abatir los símbolos, y en terminar de una sola vez por todas, con los dioses, los amos y los privilegios.

¿Como conseguiremos esto? Siendo ateos en religión, ateos en patriotismo y ateos en política. Y haciendo, también de una sola vez, una tan profunda revolución, que no deje ni rastros ni recuerdos del brutal despotismo que desde luengos siglos viene escamoteando el anhelado ideal, a todos los pueblos de la tierra.

¡Es así como hablamos los anarquistas!

Año 1918

LAS HORCAS

Habla desde ellas la vida con voz de bronce augural. Dice la inmensa palabra, canta la inmensa pasión, anuncia la inmensa luz.

No es la voz de los sabios, sentenciosa y tranquila, la que se escucha. No es la de los preceptores, rígida y fría, la que se oye. No es tampoco la sin temple, cansina, de los filósofos, ni tampoco la retórica, vacía, de todos los literatos. ¡No! La voz que llena los ámbitos, es la sibilina, que baja, de los santos inspirados;—voz de hoy y voz de mañana, voz que va directa al pueblo, en parábolas virtuales, como van a los surcos las simientes, y al vasto mar rugiente las estrellas.

¡Compañeros!

Hablan desde el banquillo nuestros mártires. Dicen del infamante mal que nos circunda, de la servilitud que nos macula, del despotismo airado que en todas partes reina y nos golpea. Sus lenguas son badajos que resuenan llamando a los castigos; son flámulas, rojizas co-

mo apóstrofes, que incitan a luchar; son proclamas de carne, vibradoras, concitando a las huestes del trabajo a la revolución.

Hablan desde las horcas nuestros mártires. Hablan desde la muerte. Hablan desde hace ya treinta y un años.

Sublimes iluminados, el verbo nuevo que floreciera en sus labios como una aurora magnífica, fijó, inscribió, con indelebles letras de puro radio, sobre la vieja tabla de valores, el viril mandamiento afirmativo: ¡sed responsables!

¡Ni recogidos, pues, como en las catedrales las almas apocadas, ni locuaces tampoco, como en las ferias de la vanidad los tontos! ¡Serenos, nada más!

...Escuchemos el habla de los videntes que, prestos a morir, hicieron chispear la Idea sobre las torpes testas de sus jueces. Grabemos la enseñanza, que de las horcas como un beso viene, en nuestros corazones. Seamos hombres siempre, como escribía Lingg a sus amigos. Y al saludar a los tiempos, como Spies en los umbrales de la eternidad, gritemos como Fischer, como Engel, como todos:

¡Viva y viva la anarquía!

Año 1918

LA PROPEDAD

*El primero que, después de haber cercado un terreno se atrevió a decir:—***Esto es mío***—y halló gentes bastante ignorantes para creerle, fué el verdadero fundador de la sociedad civilizada.*

¡Cuántos crímenes, cuántas guerras, cuántas matanzas y horrores hubiese ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas y llenando la zanja, hubiese dicho a sus semejantes: Guardáos de escuchar a este impostor; desgraciados de vosotros si olvidáis que los frutos pertenecen a todos y que la tierra no pertenece a nadie!

JUAN JACOBO ROUSSEAU.

Este perro es mío, aquel es mi puesto al sol—decían aquellos pobres niños. He aquí el origen y la imagen de la usurpación de la tierra.

PASCAL.

Si es cierto que la propiedad privada es el derecho que tenemos sobre una cosa determinada, para usar de ella en nuestro propio provecho y con exclusión de cualquier otra persona, es claro que ese derecho ha de haber sido adquirido. Pero ¿cómo lo hemos adquirido? No

es, seguramente, por el solo hecho de haber venido al mundo, ya que ésta condición, está evidente, no hizo hasta ahora, que sepamos, propietarios a todos; no es tampoco por nuestra bonita cara, pues que en cuestión de belleza la gradación es muy grande, igual que la apreciación; ni tampoco es por mandato o donación de alguna divinidad ordenadora del Todo, ya que sabemos muy bien que la divinidad no existe. No siendo por nada de esto, ni pudiendo hallar razones más lógicas o aparentes, concluyamos de una vez que el derecho a usar una cosa determinada en nuestro propio provecho, es por la fuerza tan solo que pudo ser adquirido. Luego, si como ha sido probado por una multitud de pensadores y lo puede deducir, a poco que reflexione, cualesquier hombre sensato, el derecho de propiedad fué adquirido nada más que por la fuerza, las palabras del Crisóstomo: *el rico es un salteador,* a las que «contesta diez y siete siglos más tarde el eco de Proudhón: *la propiedad es un robo»,* son perfectamente justas, rigurosamente necesarias, de una total consecuencia y sin posible refutación.

La propiedad, pues, es el despojo. Y ese «sagrado derecho» a su completo usufructo, al que siempre se ha apelado para castigar a todos los que atentan contra él, no es, a pesar de la serie de codificaciones que ha sufrido, otra cosa que el derecho de los más fuertes, sometido, todo lo que se quiera, a una cantidad de prescripciones, pero siempre en su esencia como en su origen, marcadamente bárbaro. Dígalo, sino, el actual sistema capitalista que pesa sobre el trabajo como un yugo de ignominia.

¡Oh! pero no es este el peor aspecto del derecho de propiedad, que al fin, todo lo que se cimente en la fuerza es fatal que un día u otro la fuerza misma lo tumbe. No; lo que lo supera, lo que lo hace más bajo y más repugnante, es la inmensa variedad de larvas, la gusanera que este derecho ha gestado. Por ejemplo: ese hombre todo metal—el avaro—no es producto natural. La naturaleza no puede crear mónstruos de esos; es la sociedad fundada por la violencia y que a fuerza de hacer sagrado lo vil, da pábulo al nacimiento de esas ruines excrecencias. Por ejemplo también: el usurero o prestamista,—ave de carne fría, de entraña dura, calculadora y voraz, para la que el tiempo es oro hasta cuando está de fiesta, y la vida un pagaré extendido a su favor. Y por ejemplo y en fin, el egoísmo sórdido, la plutocracia brutal, el capitalismo guerrero y acaparador y el comercio mentiroso, ladrón y adulterador, que han producido esta «raza de víboras», bajamente utilitaria, que nos circunda y ahoga, junto a esta otra raza anémica, can-

sada, triste y doliente, hija de la esclavitud, hermana de la miseria, cebo de todas las enfermedades.

Planteemos, pues, ya mismo, las proposiciones: El derecho de propiedad solo ha sido adquirido por la fuerza: el rico es un salteador: su propiedad es despojo: la propiedad es un robo.

Saquemos, pues, ya mismo también, las conclusiones: brutalidad, atropello, cinismo, monstruosidad y envenenamiento. Enfrentémosle a esto sus consecuencias: hambres, guerras, desdichas, servidumbres y agotamientos. Y ahora, la solución, el grito único, anarquista: *¡Abajo la propiedad!* Grito que para su salvación debe materializar el pueblo en un solo incendio inmenso purificador y santo: la Revolución Social.

Año 1918

RIQUEZA Y TRABAJO

Riqueza y trabajo. He aquí dos términos que se complementan, que marchan cual de la mano y por el mismo camino, en perfecta concordancia de acciones y de objetivos. Ni uno ni otro pueden vivir separados; por el contrario, todo contribuye a unirlos en una firme hermandad. Ni uno ni otro, tampoco, se conciben si no es juntos, en estrechísima unión, en armonía fautora de estética y de belleza, en vitalidad en fin, como en la boca de un niño o en la de una mujer, los dientecitos parejos, hechos, se diría, para morder albaricoques.

Riqueza y trabajo. He aquí dos términos amigos, exponentes de un solo acto que es todo un verbo de bien: crear. Crear riqueza, que es la obra del trabajo. Crear bienestar, desahogo, inteligencia, alegría, que es la obra de la riqueza.

Casi todo cuanto contemplan sobre la tierra, los ojos, y mucho también de lo que surca las aguas y atraviesa, raudo, el aire—desde la más insignificante perinola, la más simple piragua y más rápida piedra, hasta la locomotora más perfeccionada, el trasatlántico más maravilloso y el aeroplano más elegante—se le debe al trabajo, es obra del trabajo, y es riqueza también, acumulada, para enriquecimiento del trabajo mismo.

Hay pues, entre el trabajo y la riqueza una tan constante influencia de acciones y reacciones, que es imposible marcar la línea en que se unen, para poder afirmar con certera exactitud, ésta es una cosa y ésta es la otra. Como la causa y el efecto que es a su vez causa nueva, la riqueza y el trabajo y viceversa, son savias de un mismo árbol, jugos de una misma fruta, colores de un mismo cielo, notas de una misma flauta. Y es porque ambos son creadores. Y los creadores son siempre iguales.

Sin embargo, la realidad no quiere que esto sea cierto. Y así como al poeta más crudamente romántico, suele mandarle un grave dolor de tripas que lo llame a la verdad, a nuestro concepto puro, metafísico más bien, del trabajo y la riqueza, le pone frente por frente el hecho en rama, escueto y rudo, que nos circunda.

¡Oh! no importa que el trabajo se haya tornado en una maldición, y la riqueza en un modo de la soberbia, la avaricia y el despotismo. No importa que para aquel, la esclavitud sea el signo único, revelador de su verdadero estado, como para esta lo sea la potestad sin medida. No importa que el primero, creador de casi todo cuanto nos rodea, apenas tenga lo suficiente para vivir con tristeza una vida bien precaria, en tanto que al segundo le sobre y le resobre hasta lo supérfluo como un lastre por demás pesado...

¡Oh! no importa que el trabajo padezca crueles miserias y sufra de largos hambres, ni importa que la riqueza, reviente, hidrópica, de indigestiones. No importa, en fin, que estos dos grandes amigos vivan en perpétua guerra. Es ley que lo que ha nacido para una misión común, se una, se junte, se asocie, confraternice en la acción. Es ley que los que posean idénticos objetivos, se encuentren y se entrelacen pese a todos los obstáculos que les obstruyan las vías. Es ley, pues, que el trabajo y la riqueza marchen al último, en la plena realidad, bajo la luz meridiana, como dos hermanos o dos amantes.

Y por eso lucha el trabajo: por aproximarse a la riqueza de la cual fué separado; por arrebatársela a los que la aprisionaron; por libertarla de las cadenas malditas que a él mismo lo esclavizaron, por poseerla, en fin, intimamente, para iniciar, unidos en un perfecto acuerdo, la era magnífica de la paz, en la abundancia y en la libertad, vale decir, la Anarquía.

Y por eso, todas las modernas luchas que el proletariado encara, no tienen otro objeto que restituir al trabajo lo mismo que a la riqueza, todo lo que les pertenece: esta para aquel y aquel para esta. ¡Conjunción portentosa, que será el comienzo de la nueva justicia, por la que laboramos de firme los anarquistas!

Año 1919

LA REVOLUCION

Desde Confucio hasta Cristo, desde mucho antes también, hasta bastante después, todos los predicadores de

moral—epicúreos, socráticos o pitagóricos,—todos los intermediarios entre los seres humanos y las «potencias ocultas»—brujos, magos o derviches,—al dirigirse a los hombres ,solo tuvieron presente la conciencia de los mismos, sus espíritus, sus almas o como quiera llamársele. Es decir, fué lo *interior*, la reforma, el dominio, la mejora de lo *interno*, el único, el exclusivo objeto de sus prédicas y sistemas, Cuanto sabemos de la antigüedad, así nos lo evidencia claramente.

Hagamos ángel al hombre, hagámosle puro y bueno, y el conjunto será angélico y puro y bueno también. He ahí como pensaron filósofos, reformistas, apóstoles y demás.

Pero ¿mejoróse el hombre? ¿Logró a través de tantas cosas morales y hasta bellas y profundas, realizar, siquiera en pequeña escala, la prometida y deseada felicidad general? ¡No! Desde los tiempos de Cristo, desde mucho antes también, la desdicha del conjunto, la miseria, la esclavitud de la inmensa mayoría, subsistieron—exponente perpétuo de la injusticia—junto mismo, al lado mismo de la orgullosa opulencia y el poderío insolente de los menos. ¡Que no en vano Caín matara a su hermano, Job clamara sus acusadoras lamentaciones y para no citar más, Espartaco, irguiendo su cabeza, se lanzara a la rebelión!

Ni Zoroastro, pues, ni Confucio, ni Mahoma, ni Cristo, ni Moisés, ni ningún predicador, reformador o filósofo de la bondad o el amor, trajeron con sus doctrinas la felicidad social. El fracaso de todos esos apóstoles, como así el de sus discípulos, no pudo ser más ruidoso. Y todas sus enseñanzas perfectamente morales, fijamente dirigidas a influenciar sobre lo interno, por mucha que fué la influencia que en realidad ejercieran, más que contribuir al bienestar general contribuyeron a la desgracia. Las guerras de religión y por simples opiniones sobre asuntos baladíes, que llenan toda la historia, son un ejemplo clavado de cuanto dejamos dicho.

Es que hubo desde el principio un error fundamental, error que llevan con ellos todos los creadores de éticas, todos los que no aprecian, no ven, más que un aspecto solo de las cosas. Y este error consistió entonces, como consiste hoy en día y ha siempre de consistir en cualesquiera doctrina de exclusivo orden moral, en dirigirse a lo interno, en referirse al espíritu, a la conciencia o al alma, con prescindencia absoluta de lo exterior.

¿Cómo era posible, cómo, realizar el bien de todos, nada más que por la vía interior? ¿En que cabeza cabía que los señores habrían de renunciar a sus señoríos, los monarcas a sus Estados, los nobles a sus pergaminos, los traficantes de esclavos a su odiosa compra-venta, porque sí, por bondad pura, sin esfuerzos ni violencias, porque tal, en fin, se lo exigían las pragmáticas morales de las doctrinas que aceptaban y hasta defendían?

¿Dónde han estado, dónde están esos dechados de virtud, socialmente poderosos o previlegiados, que ganados, verbigracia, por la doctrina de Cristo y convencidos por ella de la injusticia flagrante que constituyen sus vidas regiamente excepcionales, abandonaron o abandonan poderes y patrimonios, prebendas y privilegios, y marcharon o «marchan a través del pueblo» pobres y llanos como el pueblo mismo?

Nada más que en la leyenda se dan muchos casos de estos. En la realidad, muy pocos; tan pocos, que sobrarían los diez dedos de las manos si se quisieran contar. Y estos pocos, que son la excepción de siempre, confirman la tan mentada regla general; es decir, que por mucho que sea justo, moral, magnánimo y bueno el mundo del privilegio, jamás abandonará su situación especial, sino es al claro argumento, rotundo como un porrazo, de la revolución.

Es por eso que los anarquistas decimos: el problema de la dicha entre los seres humanos, no es de cultura tan solo, ni de buena educación, ni de moral. Es también de orden externo, de sana alimentación, de vivienda bien aireada, de trabajo sin angustias, a modo de un ejercicio para el desarrollo físico, y de libertad, en fin. Pero como todo esto y tal cual están las cosas, no es posible conseguirlo con palabritas de azúcar y billetes amorosos y cantidades de besos, cual se «conquista» a una novia; y como además, tampoco, por convencidos que estén los que gobiernan y explotan, de que ganarán el cielo, si hacen el bien, van a hacerlo; no le queda otro camino a los que sufren, para dejar de sufrir, que uno solo, recto y amplio: el de la revolución social.

Que desoigan los pueblos la voz meliflua de esas sirenas de la política que quieren verlos votar, elegirse siempre amos. Que no escuchen la gaita de esos seráficos tontos que charlando a boca llena de educación y cultura, quieren hacerles creer que la violencia no sirve, no es un medio convincente contra la violencia usada por todas las tiranías. Que sepan porqué razones el privilegio está armado y no permite que se armen los que de todo carecen. Que se convenzan, en fin, de que de los poderosos, de los que detentan mandos, y tierras, brazos y haciendas, nada deben de esperar. Entonces sí que los pueblos harán la revolución. Y esta revolución no será,

no, para los monarcas, ni para los frailes, ni para los burgueses, ni para los políticos: será para los trabajadores, para los que lo han creado todo y jamás gozaron nada. Porque para esta revolución ha nacido el anarquismo, y para ella lo propagamos nosotros los anarquistas.

Año 1919

LA POLITICA

Desde que la monarquía, a fuerza de sufrir la crítica mordiente de los pensadores y la acción constructiva de los pueblos, fué, poco a poco, dejando sus «orígenes divinos», para hacerse más de barro, hasta después en que, con la victoria del republicanismo, no tuvo otro remedio que ir aceptando la fiscalización y colaboración de asambleas y de parlamentos, el engaño, la falsedad, el cinismo y cuanto representa la mentira en el Index inmenso de la vileza, comenzaron a adquirir derechos de actuación y de soberanía.

Esta mentira cambiante, camaleónica, servil, suelta de cuerpo y de boca, que era antes desconocida en las relaciones de los Estados con los pueblos; esta mentira que solo entrara en vigor, aunque bajo el más sencillo aspecto, con los primeros fenicios dedicados al comercio, hoy tiene un nombre especial, rigurosamente propio, inconfundible, acertado: la política.

¿Que es política, pues? Es la ciencia y el arte de mentir; es el modo de entrar en las conciencias como el cuentero del tío en los bolsillos; es la manera de jugar sin perder.

Quien miente más, quien es más engañoso, quien falsea las cosas más y mejor, pero cuidando siempre de dar a sus palabras los mayores visos de verosimilitud, ese es y será el político máximo, el superior, el supremo. Para convencerse de ello, basta oir a un candidato. Su voz es melíflua, es suave como, según se relata en los viejos cronicones, era el canto amoroso de las sirenas. Tiene arrullos de torcaz y caricias de mujer. A las veces, semeja un gemir de monjas impetrando ósculos de la divinidad, en el coro de una iglesia. Otras, algo así como el ulular del viento junto a las puertas cerradas. Es la voz del político artista, semitonada constantemente, ajustada al *dulcissimo d'amore* de los grandes pillos y de los grandes sinceros; pura promesa y puro beso siempre, beso y promesa que como en muchas hembras «entregadas», solo aspiran a explotar al incauto ganado por el encanto, para no aflojarle nunca ni una «sed de agua» siquiera.

Hay también la voz del político científico. Esta es de más gravedad. Su tono es el majestuoso. Tiene rotundidades como de gritos de robles caídos bajo las chispas del rayo, y clamoreos de mar castigado desde lejos por la fusta de Aquilón. En promesas no es muy larga, porque su fuerte no es ese, pero en cambio, en explosiones de verba contra sus opositores, sí que es anonadadora.

Hay, en fin, la del político eunuco, la que no tiene matices ni gradación de sonidos, la del que no es científico, ni es artista porque le falta el peso y la fibra necesarias. De ahí que si aquellos, al exponer sus programas, den de inmediato la sensación de que no tienen ninguno, el de este nos dé la pauta de su infelicidad más acabada, con su serie de cosas incompatibles que aspiran a pasar por avanzadas. De ahí también que sea el más falaz, puesto que quiere hacer *lámparas nuevas con lámparas viejas*, vale decir, adaptarle al progreso malas prácticas, que es como hacerle un audaz corte de manga o alguna otra zafaduría de mayor calibre.

Esto es pués, la política: arte y ciencia de llevar el agua al propio molino, pero haciendo de manera que parezca que se presta un gran favor. Ello en cuanto a la política barnizada de decencia; que en cuanto a la otra, a la cínica, a la que le importa un pito cuanto en su contra se diga, es la impudicia en persona, el destape de los bajos apetitos, la más vil prostitución, el «peor es meneallo», que decía Sancho Panza o el mejor es no mentarlo, que decimos, repugnados, nosotros los anarquistas.

Ved la política: ahí pasa. Tras su carro de gemas «culo de vaso», guiado por palafreneros de diferentes matices exteriores pero de uno solo interno que los pone a igual nivel; tras su carro todo lleno de murguistas y de flores de papel, marcha el pueblo soberano. ¿Dónde va? Va a los comicios y va a los comités. A estos va a jugar plata y a procurarse un almuerzo. A aquellos va a elegirse amos. Y así como los emperadores de la vieja Roma, le daban al pobre pueblo pan y circo, para tenerlo conforme, los mercachifles de los modernos Estados del vilipendio, le dan dos o cinco días de elecciones en el año, un poquitillo de libertad de jugar y uno o cuatro días patrios, con sus fuegos de artificio, su ración de arroz y ropa y sus iluminaciones... Pero la esclavitud es la misma y el hambre es también el mismo, si no peor.

No; de las urnas no puede salir nunca el bienestar de los pueblos. De las urnas saldrá siempre el gobernante defensor del privilegio, que quiere que todo el mundo obedezca sin chistar. Podrá salir, para algunos, es cierto, un mejor pasar; pero algunos no son todos, como exige la justicia; sin contar que esos algunos tienen su me-

jor pasar siempre pendiente de un hilo, pues basta que no convengan en un dado momento, al gobernante, para que la pitanza les sea eliminada, o basta que el amo cambie para que la posición de esos algunos se invierta. En total, nada es seguro.

Por otra parte, no es resolviendo el problema de unos pocos, como se ha resuelto el de todos. Si así fuera, ya a estas horas no habría ni un miserable. El ideal es, o sería, dar cumplimiento a la sociedad entera.

No habiéndolo hecho, ni pudiendo hacerlo, el sistema representativo, monárquico o republicano, es claro que ha fracasado. El socialista—demócrata, independiente o integral—que sigue las mismas huellas, que no ha sabido crear nuevos medios de acción, ni ha sabido tampoco exponer, y trabajar por su practicabilidad, un programa netamente revolucionario, también ha fracasado. Solo falta, pués, ensayar el comunismo anarquista, vale decir, la más amplia libertad moral y física, realizada con el esfuerzo más simple. Pero para este ensayo están demás los civismos y la actuación política, como sobran, resobran, todos los comités y todos los *charlamentos* del mundo entero.

Entretanto, el pueblo, que nada tiene que esperar de la política, como no sea el cambio de un amo por otro amo, debe desertar las urnas, debe asociar sus desgracias y debe capacitarse en la lucha consciente contra de sus tiranos políticos y económicos, para abatir mañana, con mano férrea, de la raíz a la copa, todo el sistema bárbaro que nos oprime, y así fundar más luego la deseada «gran federación de los pueblos libres».

Año 1919

LA AUTORIDAD

Miserables humanos; ya vistáis ropón verde, ya os ciñáis turbante, ya os cubráis con traje negro o sobrepelliz, ya llevéis manteo o golilla, no os empeñéis nunca en que prevalezca la autoridad sobre la razón, o resignaos a estar en ridículo durante los siglos, por ser hombres impertinentes, y a sufrir el odio público por injustos.

VOLTAIRE.

Pequeña, insignificante como una chinche cualquiera, o gigantesca, monstruosa como un horrible ictiosauro, la autoridad es, ha sido y será siempre, mientras subsista, fuente de muchos males, motivo de muchos odios, causa de muchas desdichas, muchos rebajamientos y muchos llantos.

No hay un sitio en el mundo, un solo rinconcito frío o caliente, florido o yermo, que haya quedado inmune del zarpazo, de la baba o de las traiciones de la autoridad. Y allí donde se eleva un mojón, donde se levanta un hito, una muralla o un dios, la «sagrada» autoridad, absorbente, sanguinaria, liberticida, despótica, señala su presencia con atropellos y rubrica sus actos con castigos brutales, con estupros sin nombre, con persecuciones sin fin. ¡Es que la autoridad no tiene corazón!

Acostumbrada a mandar y a ser siempre obedecida sin corcovos ni protestas, su soberbia ha ultrapasado los límites más lejanos de la impertinencia y el descomedimiento. De ahí sus procacidades, sus desplantes y sus faltas de respeto. De ahí también ese servilismo impúdico, hijo de las jerarquías, que la caracteriza, y esa suficiencia estúpida, ese desenfado cínico con que se muestra, que es la personificación más acabada de su eterna inferioridad.

La autoridad es cuadrúpeda. Por lo mismo, sus horizontes mentales no van mucho más allá del de las bestias. Por lo mismo, también, sus apreciaciones son como de animal pastando: la cabeza hacia la tierra, y la mirada en las hierbas. Y todos sus razonamientos y todas sus perspicacias y todas sus grandes luces, están, no en el grano de anís, precisamente, de su cerebro en receso, sino en la frígida piedra de sus entrañas innobles, donde los bajos instintos han venido grabando, a través de las épocas, con nitideces más claras, esa suspicacia zorra, esa artería felina, ese encogimiento traidor, de garra, o taimado, de oruga, que nos acusa su psicología.

«Yo ordeno, yo mando, yo cito, yo emplazo»;—he ahí las palabras, que son garfios, con que la autoridad se manifiesta y se ha manifestado siempre; lo que quiere decir: «¡obedece sin pensar, ni chistar, ni pestañear!» Y en estas palabras que señalan toda la historia negra y roja de la autoridad, está resumida su inmensa, su preclara inteligencia, como en la larga serie de anatemas, de destrucciones y de asesinatos que cubren la faz del mundo, está, sin discusión, evidenciado, lo único que ha sabido, que sabe y que sabrá hacer.

La autoridad descohesiona, rompe los equilibrios, turba las armonías y engendra el odio en la matríz fecunda de la violencia. Sus hechos, siempre culminan en monstruosos abortos.

En el hogar, en la calle, en el taller, en la mina, en todas partes donde la autoridad mantiene enhiesta su cachiporra, colgadas a la vista sus disciplinas, o circulantes, semivelados y nunca fijos sus ojos glaucos de vigilante, la afinidad, la concordia, el amor, la lealtad, el

afecto, todos los sentimientos sanos, todas las virtudes creadoras y saludables, quedan encogidas, aletargadas, hechas un duro ovillo, cuando no muertas, cuando no negadas.

Castiga el padre, y rompe de inmediato una cuerdecita buena en la lira rosada de los cariños del hijo. Castiga dios a sus creyentes, con la guerra, los rayos o las pestes, y derrama el temor sobre las almas y hace esta larga noche de sumisiones que es el mundo surcado por estas larvas tristes, acoquinadas, que son todos los nutridos en el error y la fe. Castiga el lama, el señor, el príncipe, el rey, el pápa, y perpetúan ese servilismo decadente, esa mortal angustia que viene viajando, como una enfermedad, en el cauce doliente de las razas, flagelando a todos los ilotas, deprimiendo a todos los esclavos, escarneciendo a todos los proletarios. Castiga la ley, el juez, el teniente coronel de una nación, el alcaide primero de una cárcel o el cagatintas último de una comisaría, y se empequeñece y se rebaja y se desconceptúa en el humano ser, el respeto que nos debemos unos a los otros.

La autoridad, pues, es negativa, y tras de negativa es corruptora: mata en el hombre los valores nobles y hace de él un animal doméstico.

No habiendo fundado nada, la autoridad, no habiendo creado nada, tampoco, ni habiendo contribuido a otra cosa que a la anulación de cuanto es plenitud moral, expandimiento interior, aflore de esperanzas y virilidades fecundas, la conclusión que puede sacar cualquiera, a poco que reflexione, es ésta, sencilla y justa: la autoridad es el mal.

Contra este mal, gestador de odios, fautor de mil desdichas, que ha puesto hondos estigmas de miedo en la conciencia de los pueblos todos, laureles en las frentes de los más grandes bandidos, y servilismos, deseosos de gravitación, de mando, en la plana menor de los tiranos; contra este mal que ha lactado sangre y cieno en las ubres ponzoñosas de las más diversas corrupciones; contra este mal que corroe como un virus, que carcome como un cáncer toda hombría, que destruye los valores morales de más virtualidad para la vida, que es, en fin, ácido nítrico de todo lo superior; contra este mal, en suma, que nada grande, que nada noble tiene que hacer en las relaciones de los hombres y de los pueblos, la filosofía anarquista opone sus principios de negación rotunda a cualesquiera clase de autoritarismos, y su afirmación, también rotunda, de libertad y autonomía.

Que nadie mande, que ninguno obedezca. Eso es lo que queremos los anarquistas. Y que, si para el gobierno o educación de nuestros hijos, es necesario que haya una ley, que ella sea la del amor; si es necesario que en el medio social haya una autoridad, que ella sea como la del zapatero para el químico, y viceversa, que ni se estorban ni se rebajan, por el contrario, se complementan; y si es necesario un castigo, que este sea como el de los que amándose, se imponen penitencias, negándose el contento de las caricias y el placer de los besos.

Entretanto esto no se haga, emprendamos, como muy bien lo ha dicho Malatesta, una «lucha continua, pacífica o violenta, según las circunstancias, contra el gobierno y contra los propietarios, a fin de conquistar toda la libertad y todo el bienestar que se pueda».

Año 1919

LA LEY

Han pasado ya los tiempo en que la ley era algo humano. Entonces no habían incisos, ni capítulos, ni artículos. No habían tampoco jueces prevaricadores; y aunque el ladrón existía, la institución policial aún no había aparecido.

Las costumbres eran las únicas leyes de esos tiempos; las costumbres y unos cuantos preceptos de moral bastante definidos, de bastante fuerza, mas no tan sanguinarios ni tan poderosos como el vário, complicado y duro articulado que surgió después, para castigo y vergüenza, con el imperio de la ley.

Preciso es reconocer, sin embargo, que las diversas costumbres y los diversos conceptos morales de los diferentes pueblos, eran de un poder tan grande, que hacía innecesaria su codificación. Preciso es reconocer, además, que esa diversidad y ese sumo poder mencionados—diversidad y poder que durante muchos siglos impidieron la amalgama o comunión de los pueblos—hicieron más inertes a estos, dificultaron mucho sus progresos. Pero preciso es reconocer también—si es que la medida de la felicidad está en la libertad,—preciso es reconocer también, repetimos, que tanto poder, tanta fuerza, no tuvieron ni asumieron jamás las proporciones de brutalidad y violencia que es común a todos los Estados del siglo XX, de la democracia y la civilización.

Cierto, por ello, que no vamos a proclamar aquí las excelencias del más remoto pasado en detrimento de la actualidad; nó. Nuestro objeto de propagandistas no es ese, ni puede serlo. Precisamente, porque a pesar de todo vemos que de entonces a ahora el progreso háse venido cumpliendo, estamos más por el presente que por

el pasado, sin contar que en el presente vivimos nosotros, no para quejarnos de él sino para mejorarlo, como decía Carlyle. Cierto, pués, que no proclamaremos aquí, volvemos a repetirlo, las excelencias del pasado en contra de lo presente; pero sí haremos notar, porque ello es favorable a nuestra doctrina anarquista, que aspira a realizar un orden sin leyes ni códigos ni policías ni jueces, la gran diferencia que existe entre los pueblos regidos por las costumbres, que nos dan hombres de más humanidad y más salud, y los gobernados por esta inmensa cantidad de leyes actuales, que casi universalmente iguales—lo que acusa el parecido de todos los pueblos entre sí—nos han parido a esos seres extraños, fenomenales, horribles, que sin sonrojos de ninguna clase, han podido afirmar una monstruosidad: el ayuntamiento de lo inteligente con lo brutal, en estas pocas palabras: *represión consciente y sistemática*,—¡fórmula bárbara, que solo es posible aborten los cerebros perdidos para la vida y el amor!

Han pasado, pues, los tiempos en que la ley era algo humano, cuando ella no tenía otro código que el de las costumbres, ni otros jueces que los ancianos venerables, abuelitos tan llenos de experiencia como de años. De entonces acá, han ganado los pueblos en conciencia, han ganado también en velocidad para sus cambios, más han perdido en salud, y lo que es peor, en el respeto a sí mismos, puesto que la bestia antigua, tan fácilmente domable por la persuación y el consejo, se ha convertido en la bestia moderna, que el castigo y la amenaza constantes han hecho taimada, servil y falsa; del mismo modo que el anciano juez incorruptible pero bondadoso, se trasmutó en estos seres fríos, conscientes, calculadores, del día, que después de besar al hijo, corren a crucificar entre artículos e incisos, hundiéndolo en una cárcel, al «delincuente» que también es padre.

La ley, entonces, que en teoría al menos, iba a ser significativa de progreso, en cuanto tendiera a limar la mayor barbarie posible de las costumbres, como esas del Indostán, por ejemplo, en las que a la muerte del esposo, la viuda no debía sobrevivirle; la ley, entonces, que también iba a ser significativa de progreso, en cuanto tendiera a crear nuevas, más suaves costumbres, vino a ser en la práctica el estilete más alevoso que pudo haberse inventado.

Como las mismas costumbres, la ley fué netamente conservadora: no dejó ningún resquicio para la franca acción de los avanzados; en cambio dejó todo el campo

libre para la artera y vil de los tortuosos, simuladores y prevenidos.

Como los célebres túneles de los castillos feudales, la ley fué una trampa viva: tuvo para los expertos y demás zorros, planos indicativos de los peligros; para los incautos y los ingénuos, fosos erizados de largas, potentes púas.

Como las prostitutas más degradadas, la ley fué una falsedad perpétua: rindióse fácilmente, dócilmente, al manoseo rebajante del potentado; y jamás concedióles un beso, una caricia, un simple halago, tan solo, a los miserables.

Con la intromisión de la ley en las relaciones humanas, los seres todos salieron perdidosos. ¿Y cómo no salir así, si de entre ellos desapareció la paz? ¿Y cómo no desaparecer la paz, si al apogeo de la ley, el pleito fué inaugurado, y con el pleito surgió esa récua de doctores, enredistas y demás adjudicadores del castigo, falseadores de la verdad, corruptores de la virtud?

Probado, pués, que la ley es conservadora, ya que toda su acción se ha concretado a mantener incólumes los «sagrados derechos» de los conquistadores; probado, además, que nunca tuvo piedad de los desgraciados ni nunca concedióles perdón ninguno, olvidándose, en cambio, de algún artículo, cuando tuvo que condenar al poderoso, o dejando un ancho margen para el indulto, cada vez que así convino a sus doctores; probado también, que es falsa, que su ductilidad no ha respondido a espíritu bondadoso de ninguna especie, sino a la necesidad de dejar puerta franca a las grandezas; probado, en fin, que es injusta, es homicida y es bárbara, ¿cómo podían los seres sentir respeto por ella, reverenciarla y defenderla? No; desengañados estos, frente a la mentira que ella ha siempre amparado, y frente a la tropelía que contra los débiles constituye su solo imperio, la ley ha concluídó por hacerse aborrecible. Ya los pueblos saben que ella no puede ni podrá nunca favorecerlos, por muy mucho que sus turiferarios se empeñen en adaptarla a los nuevos modos de manifestación de aquellos.

En vano es que se la reforme, que se le lime aquí tal o cual garra, que allá se le aflojen rigorismos como piola a un barrilete, que acullá se la presente más simpática, más llena de concesiones, de aceites y de perfumes, para que pase mejor; en vano, en vano. Los pueblos no ignoran ya, que la ley jamás concede. Han aprendido a mirar con pupila penetrante, y porque han apren-

dido a mirar, ven claro, al fin, que la ley es de esencia brutal, y que todos los derechos que parece conceder, no son más que derechos arrancados a sus recias mandíbulas de fiera, como todas sus sanciones no son otra cosa que aceptaciones de lo que ya marcha solo, de lo que tiene vida propia, de lo que no hay más vuelta de hoja que admitir tácitamente, como un hecho consumado, y sancionar.

No falta, pués, más que esto, y es que en ese tira y afloja que vienen jugando desde hace siglos las leyes y los pueblos, éstos, como los niños o como el símbolo de Zaratustra, pidan más, mucho más, todo, en fin, lo que aspira a realizar el anarquismo. Entonces, la ley, desconcertada y sobre todo incapacitada para dar sanción a lo que significaría su propia ruina, apelará a lo que eternamente ha apelado: a la virtud de la fuerza. Pero entonces la fuerza le fallará. ¿Y quien detiene a los pueblos lanzados a pedir/más, mucho más, siempre más?

¡La hora de la revolución habrá sonado! Entonces será el momento en que la ley, con todas sus paradas, con todas sus pretensiones y amparos al privilegio, se declarará en quiebra. Los policianos y los ejércitos se disolverán. Los jueces que la han aplicado se apretarán el birrete, huyendo despavoridos ante la debacle. Los diputados y otros bandidos e inventores que la crearon, desaparecerán por el foro como artistas en ridículo y bajo la rechifla de los espectadores. Los carceleros, los alcaides, todos, en fin, los que hasta ahora han vivido de la desgracia, se eclipsarán sin más ni más. Y entonces, como hemos estado siempre, estaremos los anarquistas: organizando aquí la producción y el consumo sobre la base de la libertad, y persiguiendo allá los restos últimos del privilegio en derrota.

Año 1919

ACCION ANARQUISTA

Hecha la crítica de la sociedad burguesa; demostrado que en ella, si la cohesión subsiste es gracias a la violencia, como la del martillazo sobre el plomo, en la cual al mismo tiempo se cimenta; probado, además, que dentro del orden que padecemos, no hay ni puede haber lugar a mejoras fundamentales de ninguna especie; y aceptado por todo el mundo que *esto ya no puede seguir así*, se impone, entonces, una transformación completa y general en las relaciones de los hombres. . .

Sí, muy bien, pero ¿en qué órdenes, de qué clase

ha de ser esa transformación completa y general? He ahí el busilis; he ahí la gran cuestión de las cuestiones.

Para los que, acostumbrados a mirar el mundo a través de un agujero, no abarcan más panorama que aquel que les permite la propia estrechez del agujero mismo, el asunto no tiene dificultades de ningún género. Estos, en dos patadas dejan todito zanjado. Basta tener solamente un poco de buena voluntad, una migaja de altruismo por parte de los que mandan, una panadería entera de aquiescencia por parte de los que obedecen, y una total subordinación y respeto por parte de todos. De esta suerte, el legislador, poniendo mano sobre lo arcaico de la constitución, lo suprimirá, y suprimido lo malo, será el momento de crear lo bueno. Tres leyecitas, entonces, por aquí, cinco por allá, ocho por acullá, y los asuntos, hasta los más peliagudos, saldrán a pedir de boca.

Como se ve, la teoría no es difícil. Solo que la buena voluntad y el altruismo de los que mandan, nadie ha podido verlos hasta ahora; y aunque, en cambio, se han visto la obediencia y la subordinación por todos lados y siempre, los resultados de todo ello no han podido ser peores de lo que son. Bien lo prueba la constante protesta de los pueblos.

Otros hay, un poco más avanzados, porque miran la vida desde las puertas de calle, que habiendo comprendido que no son las buenas leyes sino los buenos hechos los que podrán poner un poco de orden real y de justicia en este caos de la sociedad actual, se dan a propagar la revolución, pero la no violenta, la no monstruosa, la no nefástica y abyecta. Estos, más teóricos que aquellos, son sin embargo más simpáticos al pueblo. Le dan, al menos en conversación, lo que aquellos no le dan ni por escrito, lo que no obsta para que, tanto los unos como los otros, no dejen de ser unos perfectos cacatúas de todo ideal.

Hay otros aún, monosabios profundos, de una agudeza tan grande que todo se les va en virutas, para los cuales la cuestión estriba en instruir al pueblo y educarlo, dándole hoy lecciones de gramática, mañana de historia y pasado de moral. Pero al igual que los que han visto el mundo por el ojo de un cerradura, el conjunto se les escapa, y así llegan a olvidar que para la mejor comprensión de todas las cosas, no hay como el buen dormir, el buen comer y el agradable trabajar,— que todavía son problemas no resueltos e imposible de resolverlos en el medio actual.

Otros, en fin, y para no citar más, quieren hacer la revolución *por ahora, a salga lo que saliere,* lo cual,

si bien se mira, no es una cosa seria ni pasable siquiera, puesto que, si para hacerla, no hay un sentido del día antes, tampoco podrá haberlo uno del día después.

Y sin embargo, *esto ya no puede seguir así.* Que haya gente que trabaja mucho, que gana poco y que come menos, mientras hay quienes sin trabajar nunca, lo tienen todo, es una evidente injusticia. Que haya quien tiene diez casas, en tanto hay quienes no tienen ni un sitio donde dormir, es también una injusticia. Que sobren zapatos en los escaparates y falten en muchos pies; que rebosen de vestidos inmensas estanterías y otros apenas si puedan andar cubiertos bajo las noches más frías; que por robarse una gallina se vaya a dar a la cárcel y por robarse una nación enterita se reciban laureles y pergaminos . . . caramba, caramba, si todo esto no son injusticias, «que venga Dios y lo diga,» para darle un puntapie por embustero.

Verdaderamente, esto ya no puede seguir así. ¿Se entiende ahora lo que hay que hacer? ¿Leyes benignas? ¡No! fracasan ¿Petitorios? ¡Tampoco! no se les lleva el apunte. ¿Reformitas económicas? ¡Menos que menos! son las quebradas de toda línea recta; engañan, ponen dilaciones entre punto y punto . . .

Lo que hay que hacer, lo que tiene carácter de urgente, lo que el sentido común aconseja que hay que poner en práctica, es la revolución en todos los ordenes de la sociedad.

Que no quede nadie sin ser propagado. Que no quede ninguno sin ser llamado a la observación de su propia desgracia. Que todos comprendan, en una palabra, que hoy por hoy, la barriga llena y el corazón contento de un día, de dos o cinco, pueden trocarse con suma facilidad, de la noche a la mañana, en la barriga vacía y el corazón constreñido por la angustia, de un año, de dos o de todo el resto de la vida que a cada cual le quede por vivir.

Y esa transformación, para que tenga eficacia, para que valga, siquiera, la cantidad de sacrificios y de vidas que ha costado y seguirá costando todavía, tendrá que ser anarquista, de punta a punta, de polo a polo, de abajo a arriba y viceversa.

¡Revolución expropiadora, pues, contra la burguesía! ¡Abolición de todos los privilegios! ¡Supresión del Estado! ¡Y guerra, mucha guerra contra cuantos Estaditos quieran levantar cabeza para ser los pescadores gananciosos en el río revuelto de la transición!

¡Eso es acción anarquista!

Año 1919

LA CONCEPCION COMUNISTA

La concepción comunista a que han llegado todos los que, haciendo abstracción de especulaciones metafísicas y otras abstrusidades, miraron la vida completamente, es una concepción normal, recta, sin complicaciones ni embarullamientos, que se impone al crítico más escarbador o sutilizador, por su misma virtud de cosa clara, que es como aquella de las aguas puras y de los mediodías transparentes.

Nada de cuanto nos rodea nos pertenece en propiedad exclusiva; por el contrario, todo parece ser hecho, de un modo deliberado, para el disfrute de todos. Y no hablemos de la tierra, ni de la luz, ni del aire,—elementos que no siendo productos de nuestro esfuerzo, nadie podría afirmar derechos de especie alguna para poseerlos solo. Hablemos de algo más cerca, de algo que por salirnos directamente de adentro, se diría que es nuestro, directamente también. Por ejemplo, refirámosnos a estas líneas que vamos aquí escribiendo y tanto dolor nos cuestan.

Papel, pluma, tinta, tiempo, nada de esto lo hemos fabricado nosotros. Para que estas pocas líneas puedan leerlas unos cuantos, nos ha sido necesario el concurso de una serie de trabajos, productos y actividades anteriores y otra serie posterior: tipos de imprenta, tipógrafos, camaradas concertados para mantener la vida de esta publicación y una infinidad de cosas más. ¿Que hemos puesto nosotros, en realidad? Apenas si las líneas que vamos manuscribiendo, ya que hasta las mismas ideas aquí expresadas, han sido dichas y repetidas por muchos y aún mucho antes que nosotros. Sin embargo, hemos puesto algo. Pero este *algo* ¿nos ha hecho propietarios, nos ha dado algún derecho, nos ha conferido un título? No y no. Lo que ha precisado la concurrencia de todos para poder manifestarse, es, le pertenece a todos.

Mas no insistamos en esto, que al fin, si prueba que hasta las cosas de origen más interior, son el producto de todos, a nadie podría afectarle su detentación, por muy propiedad privada que fuera constantemente. No insistamos más en ésto, repetimos, y vamos a lo que importa: la concepción comunista de la vida, como única posibilidad de armonía entre los hombres, que hoy, so pretexto de que entraña principios de negación, renunciamiento, profetismo y cuanto es de real esencia cristiana, la combaten encarnizadamente muchos afirmadores de la soberanía individual.

***

La propiedad no ha traído sino desgracia a los hombres. Esto es perfectamente axiomático. Tendamos nuestras miradas y al punto lo comprobaremos: estamos todos viviendo bajo el régimen de la propiedad privada; y el pillaje, la usurpación, la guerra, la esclavitud, es su sola consecuencia.

Sí, la tierra, las herramientas, las máquinas, tienen dueño. No es, ciertamente, el Trabajo, fuerza activa, afirmadora, sino el Propietario, pasivo, el detentador. La luz, el aire, lo mismo: no son ¡oh, no! del Trabajo. Este vive en los tugurios, hacinado, donde la luz es triste y fría, y el aire es un cuerpo amargo, espeso y húmedo. En cambio del Propietario, que nada hace, que nada inventa, que nada edifica, son los palacios amplísimos y los bellos, sanos parques.

La propiedad, se ve, pues, que no ha hecho de la vida sino algo lamentable, realmente renunciador, negativo, degenerador y bárbaro.

La concepción comunista está en contra de todo esto. Y porque está en contra, combate la propiedad, aspirando a suprimir al propietario, al señor, al dueño, al detentador, para que de esta manera todo pase a ser de todos.

La concepción comunista no profetiza nada, absolutamente nada, ni quiere *someter*, como se ha dicho, a un sistema, a toda la humanidad. Dice, solamente, que una vez suprimido el Propietario, deberá todo pasar a poder de la Colectividad, para que goce o disfrute de todo, lo mismo el manco que el rengo, el alto que el bajo, el negro que el blanco. Y dice eso, sin pretensiones proféticas, sin espíritu de augur, porque se cae de maduro que si hemos de suprimir al Propietario, cuanto existe a la fecha sobre la tierra, producto de las generaciones pasadas y presentes, debe ser transferido de inmediato a las actuales y no para *someterlas a un sistema*, sino para *desistematizarlas* del régimen de la propiedad privada y que se realice el juego de las relaciones entre los hombres, naturalmente, libremente, sin imposiciones de ninguna clase.

La concepción comunista es, pues, para el anarquista, una concepción normal, recta, sin complicaciones ni embarullamientos; una concepción a la que deriva el pensamiento libertario sin esfuerzo alguno; una concepción a la que llega cualquiera que queriendo suprimir del mundo autoridades y leyes, no quiere que estas vuelvan a repetirse ni en broma.

Abolido el Estado, como órgano creador y mantenedor de todo el poder; suprimido el Gendarme, el Juez, el Diputado, el Rey y todo lo que defiende y ampara el derecho del Propietario; declarado en quiebra este mismo en cuanto desaparecen sus protectores, ¿de quien pasa a ser la ciudad, el campo, la mina, la herramienta, la máquina, etc, etc? De nadie determinado y por lo consiguiente de todos en general. El comunismo queda, como se comprende, establecido de hecho.

¿Donde está la negación de la soberanía individual, de que algunos se muestran tan celosos? ¿Dónde el renunciamiento? No lo vemos por parte alguna. En cambio se columbra de inmediato que esa soberanía amanece gloriosa, vigorizada de prestigios altos.

El hombre ha renunciado no a la afirmación de su personalidad, sino a la propiedad que lo humillaba, y ha suprimido así uno de los motivos de discordia, de guerra, de desdichas sin cuento. Ahora es libre, no tiene quien lo mande ni quien lo obligue. Ahora puede realizar la asociación agradable. Ahora puede concertar sus más diferentes pactos con la más absoluta libertad. Ahora es el soberano de su vida.

He ahí el concepto comunista que propiciamos para todos los hombres, los anarquistas.

¡Por él campeamos!

Año 1919

EL CANTO DE LA TIERRA

Soy del conquistador en cuyas manos brilla el tajo glorioso del trabajo.

Soy del que rompe mi terrón parduzco y raja mis entrañas, siempre ardientes, de madre generosa.

Soy del que desparrama las simientes en los fecundos surcos que me abriera.

Soy del que vierte su sudor profícuo, como una lluvia santificadora de su ruda labor, y del que pone su esperanza en mí y consulta a la nube, al sol y al viento.

Soy del que lastima sus manos por arrancarme las maravillas de oro de las espigas.

Soy del que clava todos sus fierros en mis ubérrimos senos, para hacerme mejor, mucho más apta.

Soy del que pone todos sus esfuerzos del cerebro y del músculo, para que mi fecundidad nunca se agote.

Soy del que me hace hijos.

Soy, en una palabra, del que trabaja.

***

Yo digo al campesino: Lo que mi vientre pare, ora en granos o frutos, ora en flores o pastos, es para que

lo disfrute todo el mundo, sin exclusión ninguna.

Yo digo al campesino: Lo que tu esfuerzo labra sobre mi faz obscura, lo que tu mano siembra y más tarde cosecha, debe de ser también para que el mundo entero lo disfrute.

Yo digo al campesino: Como la luz del sol es para todos, las riquezas que escondo igual que las que muestro, son para todos.

Yo digo al campesino: Fija en tu mente este claro principio de justicia y no acapares nada, no amontones en vano, que eso es robo, en detrimento de todos cometido; robo que se desdobla en desequilibrios, desequilibrios, que te traerán la guerra.

***

Cercos, muros, mojones, ¿qué es todo esto? ¿A qué obedecen estas divisiones? ¿Porqué manda aquel hombre? ¿Porqué aquellos otros obedecen? ¿Porqué bajo el follaje de aquella fresca vid, sobre una hamaca, se mece dulcemente un ser humano de blancas manos y de terso cutis, mientras otros laboran, jipan, sudan, bajo el ardiente sol, sobre el rastrojo? ¿Es acaso un enfermo? ¿Es quizás un cadáver?

***

Yo he visto a ese cadáver o a ese enfermo, durante largos siglos, llevarse todo lo que de mis entrañas arrancaron los esfuerzos de las manos obscuras y callosas. Lo veo, ahora también, llevarse todo en grandes carros y en inmensos trenes. Y he visto y veo aún trotar como dromedarios sobre mis lomos morenos, acribillada por los dardos del sol o las agujas de las escarchas, a esa falange inmensa del trabajo que me ha hecho más fecunda, pero que no ha sabido fecundizar de dichas el arenal amargo de sus dolores.

***

Yo no sé ni me importa saber por cuales leyes necesarias o nó, se rige este proceso secular en el que la miseria es solo el lote que le toca al que suda, al que se afana por hacerme rendir los mayores tributos de mis entrañas, y el esplendor, la gloria, la riqueza van a parar en chorro inacabable, a la mano inactiva o «mano muerta» de los que nunca un arañón sufrieron en la lucha fecunda, ni jamás se doblaron a cuidar una mata de hierbabuena. Pero sé que hay en esto una tan grave injusticia, flagrante y evidente, que siento removerse en mi interior ríos de indignación, incandescentes, prontos

a levantarse protestativos y a hablar, con voz de trueno, por las bocas de piedra de mis volcanes.

Y por eso les canto así a los parias: Obrero, campesino, soy toda tuya. Soy del que me hace hijos. Soy del Trabajo.

Obrero, campesino, tú me preñastes. Tú pusistes tu esfuerzo y tus desvelos por estos frutos que te ofrendo aquí. Ahora vas a regar con tus sudores la cosecha triuntal y rumorosa del mar de espigas que ante tí se extiende.

Comienza ya, comienza, obrero, campesino, actividad creadora, macho mío.

Comienza ya, comienza, que la postrer estrella va a extinguirse.

Comienza, que es la hora en que la vida grita: ¡Todo es tuyo!.

Mas no te olvides que el bribón acecha; que ha preparado el tren de enorme cola, para alzar con el fruto de tus esfuerzos, de tus sudores y de tus desvelos.

Y en tanto continúas la tarea de la recolección, que tu brazo más fuerte tome la mejor reja y abra un profundo, un ancho, un largo surco en mi costado más triste y más estéril, para enterrar en él a todos esos enfermos y cadáveres vivientes, de manos blancas y de tersos cutis, que mientras tú laboras, se mecen dulcemente, sobre hamacas, bajo el fresco follaje de las vides.

Año 1920

SER O NO SER

Desde aquel célebre instante en que Miguel Bakounine y Carlos Marx se pusieron frente a frente, levantando cada uno sus oriflamas de guerra, símbolos de dos principios opuestos diametralmente, hasta el instante de ahora en que por sobre el mundo entero vuelan récias palabras de pelea, y hacen pie o se abren cancha los más sonoros y variados hechos, la lucha formidable de las fuerzas y de los pensamientos, no ha corrido sino entre estos dos puntos: la autoridad y la libertad.

Bakounine, cantor de la Anarquía y del Federalismo, Marx, del Estado y de la Centralización, fueron de entonces a hoy, dos rumbos, dos caminos, dos estrellas que hemos seguido todos los que decimos que no habrá paz ni bienestar ninguno, mientras no cambie de un modo radical el sistema burgués que padecemos.

Desde entonces a hoy han transcurrido arriba de seis lustros. El régimen burgués crēció en potencia. Las luchas proletarias ocuparon más extensión y adquirieron más poder y valor, en la misma medida que crecía la

potencia burguesa. El mundo del trabajo se hizo al propio tiempo más aguerrido y más inteligente. Cada victoria le dió mayores bríos, cada fracaso mayores enseñanzas. Y en tanto que las doctrinas de aquellos dos cantores se difundían, al extremo de que entre el proletariado del mundo entero llegaron a formarse dos importantes e incompatibles núcleos, los discípulos de Marx dejaron de ser ridiculizados y perseguidos y comenzaron a ocupar las bancas parlamentarias y los ministerios de todos los países, y los de Bakounine a sufrir martirios inenarrables, y a llenar las cárceles, los presidios y los barcos que los llevaban a la deportación.

Estos son los hechos, y contra los hechos no se ha inventado hasta el presente instante, el ácido del eterno olvido, apto para borrarlos definitivamente.

Y bien: el mundo vive actualmente horas de espasmo y zozobra. Ninguno se halla conforme. Chicos y grandes, malvados y generosos, todos están intranquilos. Cuanto se escucha y cuanto se ve, nos augura una revolución. Esta revolución será de carácter marcadamente social. En ella, los anarquistas estamos destinados a jugar un papel importantísimo. Y este papel no es, sin duda, como lo sabemos todos, el de afirmar el Estado o mejorarlo, sino el de destruirlo totalmente, como también lo sabemos todos.

Contra el Estado, y por la autonomía y la libre iniciativa de lós hombres, estamos y hemos estado siempre los anarquistas. De ahí que por lo mismo hayamos sufrido siempre, todo el peso de las reacciones burguesas.

¿Están por esto, lo han estado alguna vez los discípulos de Marx? ¡Nunca, jamás, en la vida! Dentro del gobierno burgués, al que se aproximaron en un principio, pero con el sólo objeto de hacer constante obstrucción, como el propio Marx decía, se corrompieron, y tanto, que llegaron a olvidar sus postulados, a renegarlos y a ser colaboradores.

En el momento de la revolución,—ellos mismos lo afirman desde ahora,—estarán por la centralización, por la autoridad, por la dictadura de tránsito... hacia el Estado proletario.

Estos son los hechos, esta es la verdad, y ni ellos ni nosotros lo negamos.

Somos pues enemigos irreconciliables. No podremos marchar nunca de acuerdo. Estamos y estaremos siempre en guerra. Y toda concesión al enemigo, díctela o no el espíritu de tolerancia, será constantemente un signo de traición o cobardía.

Nosotros estamos contra Marx y por Bakounine, contra la autoridad y por la libertad. Es la única posición

digna de un anarquista que lo sea de punta a punta, de la copa a la raíz o de la cabeza a los pies.

Lo demás es cuento, firulete y tartamudez de borracho.

«Ser o no ser», entonces, como decía Shakespeare.

Año 1920

EL CARNAVAL

Según las más viejas crónicas, el carnaval era la fiesta de los esclavos. Estos, ignorantes y sumisos, que vivían maltratados, humillados, explotados todo el año, tenían durante esos días de su fiesta, el menguado derecho, más bien licencia, de hacer lo que hoy llamamos «de las suyas». Se comprende facilmente qué harían esos pobres esclavos inconscientes, con tal derecho, surgido como limosna, de las manos de sus señores.

Las crónicas mencionadas nos cuentan de orgías estupendas, de locas bacanales agostantes en las que la ebriedad más acabada era la nota menos indecente. Y así tenía que ser; nunca supieron de altiveces los esclavos; viviendo en la humillación más degradante, es muy natural que cuando se les soltara, no culminaran en otra cosa que en el más degradante de los libertinajes. Por otra parte, los patricios de entonces jamás hicieron nada por redimirlos. No entraba en sus ideas y sus gustos eso de enaltecer al semejante de humilde condición. ¡Ni semejantes, siquiera, los consideraban! Y el mismo derecho o licencia para «hacer de las suyas», que les concedían por unos días, no tenía más objeto que proporcionarse un espectáculo fuerte, como aquellos brutalmente crueles, de los primeros cristianos arrojados en los circos a las hambrientas fieras.

Eso nos dicen del carnaval, las crónicas más viejas. Pero aún cuando no nos lo dijeran, aún cuando no se conservara memoria o tradición de aquellas fiestas, la presencia, nomás, de las actuales, nos lo diría con toda claridad.

En efecto, el carnaval es una fiesta de esclavos. Continúa siendo lo que era hace una punta de siglos: el sensualismo exaltado, el instinto inocente corrompido ... ¡Igual que si a una manada de monos y de monas los nutriéramos de cantáridas y alcohol!.

* * *

El pobre remendón de la otra esquina, que pasa el año entero doblado sobre su banqueta, la boca llena de

clavillos y entre el perfume del rancio engrudo y de las suelas viejas, que hoy se viste de conde, con espadín y cimera, yéndose a pavonear por esas calles, es el trasunto fiel de aquel esclavo que ansioso de ser amo, aprovechaba el día de licencia para imitar a su señor en todo.

La niña aquella, tan pudorosa siempre, hija del juez fulano o del burgués explotador zutano, que ha puesto a su carita de inocente un antifaz de seda, pero que con estudiada o pícara intención ha dejado a la vista mucha carne de felpa sonrosada, y agita un grande cascabel de plata y chilla a cada instante para llamar sobre ella la atención, copia, quizá ignorándolo, a la infeliz esclava de hace siglos, que iba, bacante loca, coronada de pámpanos la frente, llenos de miel los labios y la cabeza de instintos y licores, a gustar unas horas los excesos en que vivían sumidas las grandes prostitutas o patricias de aquel entonces.

Esos que ahí van borrachos sobre un carro, empinando cerveza y más cerveza con repugnante impudicia y gesticulaciones indecentes, son los mismos serios y respetables personajes de todo el año, dedicados de lleno a los negocios, que de los almanaques de sobre sus revueltos escritorios, han recibido la consigna de divertirse, más bien de desatarse, mejor de degradarse, igual que los esclavos de otros tiempos la recibían de sus señores relajados.

Y así éste, que hace una pirueta inmunda, y aquel que se levanta el camisón para mostrar una deformidad, y el otro que alza el pelado rabo del burrito que monta, y la recatada dama del día antes que hoy ríe a dos carrillos de una cosa que ha visto y no quiere decir, y la púdica señorita que irá luego a la iglesia para que la perdone su dios, ciertas figuras desgonzadas que hizo en los bailes y corsos del carnaval tan lindo, ¡ay!, nos enseñan todo el significado de estas fiestas

El culto a Baco, perfectamente público, el culto a Terpsícore, público también, el culto a Venus, de que no se habla pero que se ve en los ojos y se presiente en las voces guturales, aterciopeladas, muelles, de unos y de otras, eso y más y todo, en fin, nos dice que el carnaval no es una fiesta artística, de seres libres, sino grotesca, de entes desatados. Así ayer como hoy.

Y ello es más evidente, si se observa la actitud que frente a estas fiestas asumimos los anarquistas.

Trabajadores de una cultura superior, no se nos verá a nosotros correr desatentados a ser un número en los desenfrenos. No encaja esto en nuestra psicología. Y por ello, o somos espectadores estudiosos de la vergüenza humana, en carnaval, como de la estulticia, ante las turbas políticas, de la barbarie ante las patrióticas y de la imbecilidad ante las religiosas, o somos simplemente, los filósofos que se retiran por unas horas a dejar que pase la locura, para seguir después, firmes y tesoneros, en la obra. Sea esto dicho sin pretensiones ni inmodestias.

Y no es una consigna, como en los cuarteles, ni es un fingimiento, como en la iglesia, ni una palabra de orden, ni una decadencia de la vitalidad lo que nos torna así; es un carácter, propio a toda cultura superior.

***

Carnaval, Carnaval, hijo de la esclavitud, condigno a la sociedad burguesa, eres cada año más triste, más anémico. Y lo que te está matando, no es la pobreza de los pobres, sino la riqueza en cultura, de los pueblos que aspiran a ser libres, el espíritu libertario, la conciencia, la luz.

Año 1920

LA LIBERTAD

Si le preguntáramos a un salvaje del Congo o del Gran Chaco ¿qué es la libertad?, estamos bien seguros que habría de mirarnos largamente sin comprendernos nada, y aún, es más seguro, que sin contestarnos. Pero si lo amarráramos de pies y manos como a un chanchito y luego de tenerlo así trabado por varios días y diversas noches, le interrogáramos: ¿quieres que te soltemos? no hay que dudar, amigos, ni un momento, que al punto el hombre nos respondería con un *¡sí!* lleno de ansias, repetido.

No hay, pues, ni puede haber, para los anarquistas por lo menos, mayores discusiones sobre este asunto de la libertad. Como el salvaje del Congo o del Gran Chaco, mencionado, quizá nunca sepamos responder con justeza o acierto verdadero qué es la libertad, pero, como el salvaje fuertemente amarrado o como el prisionero tras las rejas enormes de la cárcel, sabremos, eso sí, constantemente, de cuales ligaduras queremos ser por siempre y siempre libres.

He aquí el sentido llano y recto que la voz libertad asume en las conciencias anarquistas: abolición de toda esclavitud, supresión de toda autoridad.

Y esto no es complicado ni precisa tampoco ser resuelto por otras vías que por las externas, cosa si bien

difícil de ser, como deseamos, completada en la extensión más amplia que alcanza nuestro propio pensamiento, no tan embarullada ni escabrosa, ni tan vericueteada de imposibles, ni tan sutil ni obscura como para, ¡ante todo, tener que ir a aprender a dibujar los clásicos palotes caligráficos o a deletrear en coro bullicioso las anagnosias de la filosofía.

Es cierto que los pueblos lanzados a la lucha tras la consecución de la libertad, jamás, hasta la fecha, pudieron culminarla en realidad. Mas no es posible deducir por ello, que fué debido a falta de aptitud, para alcanzarla, que no la culminaron, sino al error de pretender asirla por los medios más contraproducentes o contrarios: la autoridad y la delegación. No es el deseo eterno el que ha fallado; él subsiste tan fresco y vigoroso como el día primero de la primera rebelión. Son los medios empleados, con los cuales se pensara dar cima a aquel deseo que hoy bulle, rozagante como un potro, en todas las regiones de la tierra, los que han, ruidosamente, fracasado.

Ahí están las canciones de los pueblos que sintetizan su aspiraciones. ¡Libertad, libertad! ellas expresan o, lo que es igual, fin de la esclavitud. Y es por la libertad que se sublevan contra el señor feudal que los oprime. Pero en la monarquía, en la que presumieran realizarla, no hallan sino la esclavitud odiada, en otra forma u otro aspecto nuevo. Y entonces continúa la lucha eterna, siempre por la conquista del bien supremo: el de la libertad. El mismo grito, la misma voz de otrora, fulge sus ocho letras en la misma bandera temeraria que contra el monarquismo agita el viento de la revolución. Y es la república—sueño de oro de todos los esclavos,—la que los pueblos creen que contendrá por fin las ocho letras que son el norte fijo de sus aspiraciones. Pero la libertad no se realiza; las cadenas no caen; el martirio no amengua. Y es que sobre el cadáver de la Bastilla, con tanta audacia y júbilo destruido, se alzan cien cárceles y surgen tenebrosas, las fauces inhartables de cien mil fábricas. ¡Es la hidra de Lerna multiplicando sus cabezas por cada una que cae!

Vése, pues, que no ha habido un solo instante en la trágica historia de los pueblos, que aquella aspiración no haya tenido como objetivo real y verdadero la supresión de toda esclavitud. Y ello es tan evidente, encaja tan justito en el deseo al pasar de los siglos renovado, que hoy que todos los pueblos de la tierra se agitan otra vez bajo el envite de los besos ardientes y anhelantes de la Revolución, volvemos a entender con el salvaje mencionado al principio como ejemplo, que en

·· asunto de la libertad no es cuestión de saber qué ·a es ella, sino de romper yugos, de destrabarse, de ·· y venir sin códigos ni leyes ni autoridades de ninguna clase.

Año 1920

LA FORMULA

No temas, lector accidental que apenas si de oídas nos conoces, que vayamos aquí a hacer pública, una de esas fórmulas químicas de explosivo, tantas veces justiciero y tantas criminal. No; la fórmula a que nos referimos, no tiene tanto poder, es mucho más innócua, más pobre y sin importancia que un cohetecillo de esos que arrojan los niños. Es tu fórmula, es esa misma fórmula que hoy te tiene encantado o embobado, y que a tu simple juicio de ciudadano patriota y elector, vale más que la fórmula del agua, si la conoces, pero que no es, para nosotros al menos, sino un burdo engaño más, como todos los que pueda parir el meollo inmoral y astuto de un burgués.

Se trata, lector accidental que quizás vas a hacernos el honor (¡oh, muchas gracias!) de leer todo íntegro este artículo, se trata, buen patriota, buen religioso y buen votante, como te suponemos, del *overall* contra los casimires, de las alpargatas contra los zapatos y del pan bazo contra el de trigo, cosa que hoy todo bicho te aconseja para que te defiendas del latrocinio y de la carestía. Se trata, en fin, como se ve muy claro, de una fórmula minúscula de defensa, contra una mayúscula fórmula de explotación.

Pero tu, que montas a la nariz anteojos de doble suela con poderosos aros de carey, no puedes ver esto con claridad; y así, es preciso gritarte que no seas zote, que te dejes de estar asombradísimo, con la boca desmesuradamente abierta, papando moscas ante el maravilloso descubrimiento, que no tires tu gorra por los aires, como un chico de escuela cuando sale a la calle, igual que bala, harto de disciplinas y de estudios, y que comprendas de una vez por todas, que ni el brín del vestido, la loneta del calzado, el afrechillo de la alimentación, y tantísimas otras novedades con que te han autorizado a cubrirte y a alimentarte, contra la crisis, la carestía y el acaparamiento, son fórmulas de positivo valor que puedan hacer mella ninguna a quienes regulan la economía de la vida; y que si lo son, serán tan solo para los capones, que incapaces de seguir la línea recta que aconseja la justicia más segura y más alta, prefieren andar

a los tumbos y a las cabriolas unas veces, para agarrarse, otras, a la ocasión, siempre calva, que se les presenta, y que por calva, es fatal que siempre se les escape.

El sistema capitalista, lector accidental que nos estás haciendo el honor de leernos, es un sistema bárbaro, dentro del cual todos los pobres estamos destinados a un subsistir precario, por muy mucho que inventemos maneras de defendernos. Como todo sistema, fué en sus comienzos una débil malla por entre la que siempre había lugares para un respiro. Nuestros padres no vivieron en él tan ahogados como vivimos nosotros. En los tiempos de ellos era más fácil desenvolverse. Pero como todo ser nacido, el sistema capitalista tenía que crecer o desarrollarse. Y creció, se desarrolló en todos los sentidos y en todos los órdenes para los cuales estaba orgánicamente constituído y destinado.

Cien, es indudablemente una cifra alta; mas hay cifras de mayor altitud todavía, a las que se puede llegar. ¿Y quien, si hace cien no aspira a hacer ciento y una? Es lo que hizo el sistema capitalista, en esa aspiración fatal en él o necesaria, si mejor parece, de batir el record día tras día.

El sistema capitalista progresaba, pues, y cuanto más poderoso iba siendo, más la miseria iba en aumento también. A mayor engrandecimiento de éste sistema, mayor era el pauperismo reinante,—tal corresponde a la mayor frondosidad de un árbol, mayor sombra a su pie. Pero del mismo modo que el árbol llega a un punto en que no crece más, y entonces da sus frutos, y su momento de culminación en crecimiento indica el de su apogeo y esplendor, del que se va a seguir, en breve tiempo, la decadencia que ha de llevarlo al muere irremisiblemente, el sistema capitalista, como el árbol de nuestro ejemplo, nos dió al fin el mayor fruto, que no podía menos dejar de darnos: esa espantosa guerra de cuatro años y pico que acaba de marcar el instante de su poderío y el de su debilidad, por la que marcha a la muerte derechito.

Mas él, como esos viejos presumidos que se tiñen las canas para mostrar una juventud que no poseen, forcejea todavía, aunque temblonamente, para probar que es macho. Y mientras con una mano tira a alcanzarle el cuello al mundo arisco, viril y revolucionario, con el designio negro de domarlo, afloja con la otra una reforma aquí y una concesión allá, con las que espera distraer a los pueblos, a objeto de prolongar su propia vida bárbara por más tiempo.

Pero no hay caso ni lo habrá tampoco. La crisis del sistema capitalista o sistema burgués, es evidente, e inútiles serán todos los recursos a que apele con el propósito de evitar su muerte. Ya no hay más medicinas para este enfermo podrido y repodrido hasta la médula. Ya no hay más inyecciones que puedan detener su descomposición. Hay olor a cadáver en el ambiente, y este olor es buen síntoma. Sobre la Europa hambrienta y dolorida, doblan a cada rato las campanas de la revolución, anunciando el entierro.

Tú, lector accidental que nos haces el honor (¡oh muchísimas gracias!) de leer este artículo o cosa parecida, no puedes ver todo esto con mucha claridad, y ni tampoco olerlo, porque el sistema actual, que para subsistir ha debido aprovechar la secular ignorancia y buena fe de los pueblos, nada ha hecho porque te abrieras paso hacia la luz. Por el contrario, te llenó siempre el mundo de mentiras, para que las comulgaras y te confundieras, y a tu cerebro le puso moldes, para que si algún día te daba por pensar, lo hicieras dentro de esos mismos moldes.

Pero nosotros, anarquistas, que no queremos saber ni medio con juicios hechos, nos hemos dado el heroico trabajo de analizarlos; y así, han saltado los moldes en pedazos, y hemos podido ver que cada juicio que se nos diera hecho desde chicos, era una falsedad o una torpeza que no resistía al más mínimo esfuerzo del pensamiento libre.

Por eso te decimos: no seas zote, déjate de papar moscas, como un bobo, frente al descubrimiento de «la fórmula» que te propician todos los malos bichos. Vístete como quieras, sin pedir vénia; cálzate como quieras, come pan de jabón si así te place, en vez de pan de trigo, y ya que tu miseria, tu cobardía o tu incapacidad no te autoriza a más; pero no te encantes, no te entontezcas, ni hagas ningún sacrificio, creyendo que con la fórmula que te han aconsejado vas a concluir con los acaparadores y a resolver tu problema de vivir mejor a bajo precio, porque esa fórmula no resuelve nada, es peor aún, distrae del camino a seguir, que ha de ser recto. Y de ello llegarás a darte cuenta dentro de poco tiempo, cuando con fórmula y todo te veas siempre tan pobrete como antes, de igual manera que tantos, que tantísimos obreros, luchando por mejoras pecuniarias, han alcanzado a ver que lo que un día conquistan, otro día se lo arrebatan. Pues has de saber, lector accidental, que dentro del sistema capitalista no hay sitio para todos; que una inmensa mayoría ha de producir cuanto existe, y vegetar entretanto, para que una ínfima minoría, que no hace nada, lo derroche sin compasión; y que mientras subsista este sistema, será fatal que hayan ham-

brientos, descalzos y harapientos por una parte, y por la otra todos esos tiburones conocidos y desconocidos que detentan la producción, fijan los precios que convienen a sus ganancias, y juegan a los dados con los pueblos, sobre la inmensa tabla de la tierra.

Lector accidental que has tenido la paciencia de seguirnos hasta aquí, vamos a darte un premio por tanto aguante. Y a tí, que eres partidario de las fórmulas, como tal premio te brindamos ésta: el comunismo anárquico, que es de las que no se empardan, de las que necesitan ser comprendidas con inteligencia, de las que no se aceptan así nomás, porque para aceptarlas hay que tener cacúmen, y de las que bien valen el sacrificio mejor.

Pero ten entendido que para ponerla en práctica, hay que abatir primero todo el sistema capitalista. Y para ello te recomendamos esta otra, única y salvadora fórmula: la R. S., de punta a punta.

Y ahora que ya la sabes, ven, si te parece y si te sientes apto, a acompañarnos para llevarlas a cabo.

Año 1920

EL COMUNISMO ANARQUISTA

Esto del comunismo es de una claridad tan elocuente, que asombra encontrar tipos que lo nieguen y vivan sin embargo, en sociedad. Para estos tipos, el comunismo es una cosa tan imposible, que se les hace cuesta arriba creer en la cordura de sus propagandistas. Y así, cuando alguien les habla de él, optan o, por sonreir, como ante un caso clavado de ridiculez, o por contestar que es una utopía sin base séria, que el hombre niega con su propia vida llevada en competencia contra todos, desde el día que nace hasta el que muere.

Pero no es cierto, eso. Y para probarlo, no precisamos allegar citas históricas, ni tampoco argumentos especiosos, pues basta que digamos: el ser humano es por naturaleza sociable; necesita el amor, el elogio, la estima, el desarrollo de su personalidad, la comunicación de lo que piensa; y basta que digamos también: sin la asociación, el ser humano no hubiera subsistido mucho tiempo, ni tampoco hubiera nunca descubierto ni inventado nada; y basta, todavía, que digamos: asociarse es la fatalidad del ser humano; la relación sexual es el paso primero en tal sentido; para dejar probada hasta la evidencia, la realidad eterna del comunismo.

En la vida, todo es así. Nosotros mismos no somos

otra cosa que una suma o un resultado; y cuanto vemos y cuanto gustamos, es también una suma o resultado de esfuerzos anteriores, de afanes, de dolores, de alegrías, de todos los que pasaron antes y mucho más antes que nosotros.

Nos necesitamos todos. Esto se comprende mejor en la adversidad que en la dicha. Somos de una pasta construída más para darse que para economizar, para la expansión más que para el acoquinamiento, para abrirse más que para contraerse.

Entrega, abono, oblación... No tiene la existencia del ser humano, razones más saludables. De ahí es que, quizá sea por eso, sólo la humanidad sepa reir y sepa besar.

Asociación, pues, ayuda, unión, solidaridad, comunismo en fin, es cuanto vemos en la vida, pese a las competencias necesarias a una organización social como la presente construída por la violencia y sostenida por la violencia misma. Negar esto, es negar la evidencia. Y la evidencia solo puede ser negada por los pillos o por los ciegos.

Pero hay modos distintos del comunismo. Hay el comunismo del hogar o de la familia; hay el comunismo religioso; hay también el comunismo de Estado, como el de la Rusia actual. Lógicamente, nosotros, como anarquistas, no es a ninguno de estos comunismos que defendemos.

Nosotros propiciamos el comunismo anarquista, o sea el de los hombres sin dios ni amo, asociados en un dado momento, para la realización de uno o varios y determinados objetivos, y con la más plena libertad de disociarse cuando todos y cada uno lo estimen por conveniente. Esto es el pacto libre, el contrato sin obligación, el comunismo anárquico. Y este comunismo no existe en el hogar, ni entre los religiosos, ni tampoco en el Estado comunista, donde por mucho que la autoridad no fuera la del machete, existe una gradación de jerarquías tan a la prusiana, que repugna al sentido anárquico de la igualdad que nosotros queremos para todos.

El comunismo anarquista no es una cosa tan difícil ni tan compleja que no pueda ser llevada inmediatamente a la práctica. Su misma sencillez está en su mismo enunciado. *Comunismo:* asociación. *Anarquía:* no gobierno. *Comunismo anarquista:* Asociación sin autoridades. Tal cual, en fin, como el Centro de Estudios Sociales que edita este periodiquito.

¿Qué es lo difícil en todo ésto? ¿Donde está lo complejo, para dudar un solo instante que es nuestro comu-

nismo anarquista el que se impone sin más ni más, una vez desorganizada la sociedad burguesa?

Claro que hay una «lógica de los hechos». Claro que hay un sentido de orden en medio mismo del desorden. Claro que hay una concatenación en los acontecimientos. Y por que hay todo eso, es por lo que nosotros afirmamos el comunismo anarquista de un solo envión, enterito, ya que por esas mismas razones de lógica, de sentido de orden y de concatenación, con que se nos arguye, nos es imposible concebir que si abatimos todo el complicado institucionismo burgués, debanos caer en otro complicado institucionismo, como es, por ejemplo, el de la Rusia bolchevista, mirado por su constitución o magna carta.

No; el comunismo anarquista es mucho más sencillo que todo eso y aún más fácil también. Hace la revolución, anula todo poder de cualquier valor que sea, desposesiona a todos los usurpadores, atraca golpe y mandoble a cuanto significa privilegio, «aplasta sin piedad» todas las resistencias que a realizar el bien de todos se le opongan, vive como hoy en perpétuo pie de guerra contra los parásitos, destruye en absoluto castas y clases; y con su viejo programa de libertad e igualdad, deja a cada individuo que establezca sus relaciones con otros como mejor le plazca, dando pábulo así a la formación de los grupos, al acercamiento y al acuerdo entre ellos, y al libre juego, saludable, creador, de todas las iniciativas. Y al proceder de tal modo, no espera que ha de surgir la nueva sociedad del hombre libre, de pronto o de sopetón, como el muñeco de la caja de sorpresas, pero sí, espera favorecer en mucho a su más rápido surgimiento, pues si para aprender a enlazar nn potro, no hay nada mejor que ensayarse, para aprender a ser libres no hay tampoco nada mejor como comenzar a serlo. Y este procedimiento es muy distinto del otro que nos aconseja darnos un dictador o un caporal que nos dirija.

¡Nada, entonces, de ir a caer en el Estado comunista, que muchos nos preconizan como un tránsito entre la sociedad burguesa y la sociedad libertaria! ¡Nada de reformismos, de sobrepasos, ni de tanteos!

Comunismo anarquista ayer, cuando la revolución burguesa del año 93. Comunismo anarquista hoy, dentro mismo del actual régimen. Comunismo anarquista mañana, durante la revolución que realizaremos todos los trabajadores. Y comunismo anarquista siempre y siempre, debe ser nuestra divisa, «teniendo por mira—como ha dicho Malatesta,—la emancipación económica, política y moral de toda la humanidad». Eso es lo que que-

mos los anarquistas, contra el absurdo concepto bur-es de los politicastros de la revolución, que habrían malograrla completamente si cayera en sus manazas tráctiles de hombres de gobierno.

Y sin despreciar la parte que en las luchas del siglo se vaya conquistando, no nos olvidemos nunca del siempre *todo* renovador, de nuestro programa revolucionario.

Año 1921

LOS ANARQUISTAS NO SOMOS DE ESOS...

La idea de la libertad no es ni puede ser para los anarquistas, uua idea tan retorcida, tan quintaesenciada que, para llegar a su comprensión, tengamos que robarle al día muchas horas de amor y de trabajo, y a la noche muchas de sueño. Por el contrario, la idea de la libertad es tan clara para nosotros, de una acuidad tan precisa, que enunciar la palabra solamente y coincidir todos en el mismo deseo y pensamiento, es todo uno.

No somos, no podemos ni queremos ser tampoco, de aquellos filósofos de la abstracción que a fuerza de aguzar un tema dado, concluyen por perderse en un extraño mar de abstrusidades y quedarse sin nada entre las manos pálidas y frías. Para nosotros, gente de corazón joven y ardiente, que aspiramos a realizar nuestras ideas en la propia carne de la vida, ese «trabajo» de los tales filósofos citados, no nos llena, no nos satisface. Más que trabajo, nos parece una ocupación de ociosos, buena para onanistas y aburridos.

Queremos, repetimos, realizar en la carne de la vi-
a, nuestras bellas ideas generosas. Queremos verlas
al ar. Y porque queremos eso, huímos de las torres de
mar donde agoniza la vitalidad, y nos plantificamos
en la rra, mismo donde las cálidas matrices de todas
las espe zas y afanes y deseos de los pueblos, están
pidiendo uto tras minuto ser abrumadas de fecundi-
dad.

Es así qu
no nos vamos uando desenvolvemos nuestros temas,
al azul; preferim mplias espirales de curvas elegantes
al suelo,—firme y mejor que eso, tirarnos rectamente
brá de cimentarse to base donde al fin y al cabo ha-
Nosotros miramos uanto esperamos realizar.
que la vida de los hom edio que nos rodea. Vemos
den y cualquier sentido. stá atada en cualquier or-
que aquí somos golpea-

dos, allá explotados, acullá reducidos. Vemos que la sa-
lud no tiene salida por ninguna parte; que un ambien-
te sofocante nos envuelve; que no hay paso que no sea
estrechado por algún precepto, que no hay deseo que
no sea contenido por alguna ley, que no hay acción de
progreso que no esté de antemano discutida, juzgada,
retaceada y hasta suprimida. Y viendo ésto, y compren-
diendo ésto, y sintiendo que todo ésto es un estor-
bo por demás incómodo, nos hemos dicho así: desemba-
racémonos de la carga, respiremos a pulmón pleno, y
que sea la tierra entera el escenario para todas las ini-
ciativas.

He aquí la idea de la libertad, para nosotros los
anarquistas.

Como se ve, no tiene nada de loca, de extravagan-
te y complicada. Es tan clara además, que a nadie po-
drá ocurrírsele tampoco, tacharla de cosa tonta. Se tra-
ta de descargarse, de respirar y de vivir en un ambien-
te en que la explotación no sea más posible, ni los gol-
pes, ni la ignorancia, ni la desgracia, que tanto han con-
tribuido a mantenernos en humillación. Y esto es algo
que no necesita ser discutido para ser comprendido.
Bien lo entendemos todos los que sufrimos.

En cuanto a las condiciones en que se desenvolve-
ría una nueva vida así, o en cuanto a la «libertad con-
dicionada» que algunos filósofos de este instante de en-
treveradas dictaduras nos han sacado a relucir para *lla-*
marnos a la realidad actual, (que es una realidad de
luengos siglos), y con el propósito evidente de hacernos
ver que los anarquistas vivimos en la luna, nadie las
ha negado ni ha podido jamás negarlas, pues tendría
que ser muy torpe o muy de torre ebúrnea el anarquis-
ta que no supiera que en tanto que los hombres vivan
en sociedad, tendrán que vivir circunscriptos a las con-
diciones del propio medio social que alcancen. Pero ade-
màs, bueno es decirlo, tendría que ser muy torpe, muy
pobre mancarrón el anarquista que no supiera que sean
cuales fueren esas condiciones, habrá también quienes
contra ellas se rebelen, para que se amplifiquen, pues
el espíritu humano no parece gustar de la quietud.

Dígase, pues, lo que se quiera decir, la idea de la
libertad es para nosotros una idea clara, sin vueltas ni
circunloquios, sobre la cual nada podrán enseñarnos
esos polluelos que incubados por la gran clueca de Ru-
sia, se han lanzado a propiciar dictaduras para todo el
mundo, con un afán y una constancia dignas de mejor
causa.

Los anarquistas no somos de esos, no. Y porque no
somos de esos, confiamos en que los hombres, ya que

han de vivir siempre en sociedad, procurarán que en ella, las *condiciones* a la libertad, antes que aminorarla, sean motivo de mayores garantías para su seguridad y desarrollo.

Año 1921

DE LA TRANSICION

Ningún poder consiente en desaparecer.

ALBERDI.

Nacidos para vivir, de tal modo organizados que aún en los peores instantes la vida cobra en nosotros un gran carácter de urgencia, hechos de una pasta tal, que empujada al precipicio, rompiéndose en los breñales, va todavía clamando por la existencia, nadie, sino los desesperados, quiere irse, quiere morir.

El náufrago, prendido a un triste madero, circundado por las aguas hasta donde va su vista, aspira a seguir viviendo. El enfermo, que no ignora lleva en sí un crónico mal sin cura, oye atentamente al médico y sigue sus prescripciones, porque quiere también seguir viviendo.

Todos sabemos que tenemos que morir, así el muy sano como el muy enfermo. Todos sabemos que de uno al otro estado, no hay más que un breve instante, tan breve como aquel que va de un paso a otro. Y sin embargo, ninguno renunciamos, no queremos ninguno apresurarnos a cubrir ese instante, cual si llevaramos sobre nuestros hombros, a horcajadas, un minúsculo gnomo que nos fuera diciendo en el oído: vas a quedar para semilla, amigo.

He aquí que hemos venido, nos hemos puesto en viaje, nos hemos luego acostumbrado a ver que, querámoslo o nó, hemos al fin, un día, cualquier día, de llegar al destino que conocemos, y... retardamos por todos nuestros medios, la aproximación a esa meta conocida. Pero la muerte nos tira, la vida nos empuja, y a pesar de nosotros mismos, andamos, andamos, andamos...

Esto quiere decir que no nos importa nada nuestro convencimiento del fin, que no nos resignamos a cumplirlo, que resistimos en toda forma a continuar el viaje, y que si nos pudiéramos quedar, nos quedaríamos nomás, aunque se fuera el sol, lleno de rabia, para no volver nunca a ver tanta pequeñez afanosa de eternidad.

Y lo mismo sucede con nuestras obras, Echamos al-

go a la tierra, hecho con dolor y amor, y nuestro primer deseo es que dure mucho, que dure siempre, que no pase jamás.

Nada hacemos sin ese férreo deseo, y, sobre todo, si nos ha costado sangres, desvelos y extenuaciones. Y vemos que aquel recio toro cae, que aquella hermosa mujer se torna fea, que aquel celebrado artista es olvidado, que nuestra obra debe ser renovada, que todo pasa, se va, desaparece, que es una fatalidad, que es ineludible ésto, y... como si tal no viéramos ni hiciéramos tampoco, seguimos firmes en nuestro deseo de eternidad y de construir para la eternidad.

Por eso no creemos en la «dictadura de transición» que ha prometido al mundo el bolcheviquismo, ni nos engañamos, como tantos otros, diciendo que en esa «promesa están evidenciados los nobles propósitos del partido bolcheviqui». Creemos ,sí, en la «transición» sin promesas, como creemos en que hemos de morir aunque no nos lo digan. Y al creer así, es porque sabemos que todo en la vida se renueva.

Pasará, pues, la dictadura bolcheviqui, tal cual pasó el zarismo, tal cual pasará la burguesía del mundo entero; pero no pasará porque la hayan prometido de transición, sino porque los pueblos, marchando hacia la libertad, la arrollarán, como arrollaron al régimen feudal del medio evo.

La conclusión es ésta: no nos engañemos, pensando en que llegará un momento en que los dictadores saldrán a declarar que habiendo desaparecido las causas por las cuales ellos detentaron el poder supremo, vienen a renunciarlo ante los pueblos. No, ellos no declararán nunca tal cosa: siempre tendrán reformas que hacer, pasos que rectificar. No habrá más remedio, pues, que como hacemos hoy día entre los burgueses, difundir entre los pueblos de los dictadores, nuestros principios libertarios, para que los pueblos los saquen cortitos o como ratas por tirante.

No nos engañemos pensando así, repetimos. Y cuando estemos a punto de engañarnos, detengámonos un instante a pensar en nosotros mismos, y recordemos que sabiendo como sabemos que algún día hemos de morir, siempre procuramos retardar ese día; que, boqueando y todo, aún nos debatimos por asirnos a algo, para no irnos; y que este instinto vital o como se llame, tan arraigado en nuestra flaca carne, no puede ser quebrado en obsequio de aquellos que nos prometen una dictadura de tránsito... mientras los dejemos.

Sea siempre nuestra norma de conducta, luchar contra el principio de autoridad.

Año 1920

BAJO TODOS LOS CLIMAS

Dos son las tendencias destinadas a influir en la próxima revolución social, en la que pobres y ricos, valientes y pusilánimes, todos, pues, sin excepción, hemos forzosamente de actuar.

Estas dos tendencias son las que ayer, hoy y siempre, actuaron en una pugna constante. Nos referimos a la que obedece, de un modo bien definido, al espíritu autoritario; y a su opuesta, la que asume un carácter libertario.

Aquella, la autoridad, tiene sus líneas tendidas. Desde el fondo de los siglos viene gravitando a plomo sobre la conciencia humana. Ha llenado la vida de punta a punta, ha cubierto los cauces y ha rebasado hasta a las mismas montañas. Y si pesa algo, si tiene en realidad algún poder, si es de alguna importancia o significación, no es, con seguridad, porque haya encarnado nunca una evidente virtud, sino porque es fuerza bestia, primitiva o ancestral.

La otra tendencia, la opuesta, la libertaria, no es tan vieja como aquella. Tal esas plantas que adquieren vida y vigor sólo en el medio propicio, surgió a la actuación el día en que el cerebro del hombre se emancipó del terror; pero surgió como espíritu, como perfume o esencia, sin mayor campo visual. Y fué paulatinamente, tanteo sobre tanteo, irradiándose en visiones, hasta tomar el relieve, la médula, la firmeza que como idea tiene hoy.

Nosotros, como anarquistas, marchamos perfectamente al unísono con la tendencia segunda. Nuestro tono es libertario. Nuestros propios pensamientos, nuestra vida, nuestros modos de relación, son libertarios también. Libertaria, acabadamente libertaria es la idea—flor de luz, de esperanza y de combate,—que nutrimos, que cantamos y que defendemos. Libertarios son nuestros objetivos. Y así, libertarios por los cuatro costados y los dos extremos, vamos, en el medio social en que vivimos, tan poco propicio a estos desarrollos, afrontando todos los temporales del autoritarismo, cruzando todas sus zonas de barbarie, sufriendo todos sus fuegos y todos sus rigores... Sin que por eso hayamos dejado nunca nuestra intransigencia salvadora, entre las manos irrespetuosas de la transacción y el acomodo.

¿La abandonaremos en la próxima revolución que auspiciamos, medio ambiente mejor, mucho más apto para la afirmación de nuestros principios? ¿Nos haremos de pronto oportunistas por no perder una cualquier conquista? ¿Depondremos la luz que hasta el presente he-

mos llevado en alto, en homenaje a un popular prejuicio? ¿Transaremos, por odio a esta infamante sociedad de mentiras y de códigos, con los que surjan sobre el río revuelto dándoselas de bien intencionados, a ofrecer sus servicios luminosos y desinteresados?

¡Oh!... no interroguemos más. Si anarquistas vivimos en esta hora cruel que atravesamos «con la bandera del amor al viento» y la esperanza altísima en los pechos, anarquistas también hemos de ser durante lo más bravo de la pelea misma y después de ella.

Se trata de destruir la secular cadena que ata al pueblo y de seguir la lucha, tesoneros, hasta instaurar un medio en el que nunca más sea posible la explotación del hombre por el hombre ni tampoco su autoridad. Y fijos a este objetivo y firmes en esta idea, hemos de favorecer constantemente todo lo que tienda a la supresión de la autoridad, sean cuales sean los tiempos que corramos y la tendencia que gane el espíritu del pueblo.

Así nos quiere siempre la anarquía para sus rozagancias y así queremos nosotros a los anarquistas.

Todo lo que se diga en contrario, no será nunca otra cosa que fugas por la azotea, como aquellas de los gatos cogidos por un cascote en lo mejor de un amoroso coloquio.

Año 1920

SOMOS ANARQUISTAS

Probable es que dé sombra mi navío
Mas es bueno navegar como navego.

IBSEN.

Nuestra acción de mañana y de pasado, será como lo es hoy mismo, reglada por los acontecimientos. Las circunstancias de entonces, nos aconsejarán lo que debemos hacer, tal como hoy mismo también, ocupamos a veces todos los sitios y, a veces si apenas un agujero, según las resistencias ambientes, mas nunca por ello menos activos, menos fijos a nuestros objetivos, ni menos tesoneros.

Somos anarquistas. No creemos que el bien pueda bajar de la autoridad; por el contrario, estamos convencidísimos que siempre le será fatal y que él, si ha de surgir algún día, será por la vía de la libertad. ¿Y cómo podría nunca ser posible la libertad, si no suprimimos primero la autoridad?

Juzgad por la libertad moral: ha sido necesario que

destruyéramos en nosotros los prejuicios que hacían de cada uno, un ente que giraba alrededor de ellos, para que una vez limpios de estorbos, desbrozados de malezas tan absurdas, pudiéramos iniciar un juicio propio y los diversos juicios sucesivos.

En el medio social en que vivimos, no solo no es posible la libertad, es que ni la dignidad puede llegar a sér completamente. De entre los lodazales, como de entre los fangos los nenúfares, surgen nuestras cabezas, mas ¡ay! que muchas veces nos las hunden.

El actual sistema burgués ha inventado una serie de armas y de trabas para defenderse. Pero, ¿porqué, a pesar de todas sus brutalidades, le han fracasado? Porque los revolucionarios no han metido violín en bolsa; y cuando lo han metido, solo ha sido para sacarlo por la parte inferior, rota siempre con intención.

El vigilante que persigue al niño remontador de barriletes, lo único que consigue es arrojarlo de una calle, para que aparezca en otra, o acaso en una azotea. Las prohibiciones triunfan en cuanto son acatadas, pero pierden valor en cuanto persistimos en desobedecerlas.

La policía que suprime un diario anarquista, crea cien periódicos de la misma índole; suprime cien periódicos y prohija mil manifiestos. Bien mirado, pues, toda su actividad en tal sentido le ha resultado contraproducente, porque en realidad no ha suprimido nada, porque no ha acabado con el principio activo que hay en cada propagandista. Para matar este principio tendría que concluir con los que lo entrañan. Y, vamos a ver, ¿dónde está el bárbaro que matando y matando, no haya caído por fin, y sin conseguir lo que se proponía?

Ya hemos podido ver que las tiranías de los zares, pasaron. Lo mismo pasarán las democráticas.

Leyes, cárceles, destierros, persecuciones y horcas, nada han podido contra los anarquistas. Nada podrán tampoco. ¿Lo podréis acaso vosotros, aspirantes a la «dictadura proletaria», vosotros, los que decís que tenéis «que luchar frente a esta trilogía: burgueses, social-patriotas y anarquistas?»

Sí, indudablemente, triunfaréis sobre todos los que han llegado: sobre la burguesía y sobre los amarillos, vuestros parientes próximos. Pero no triunfaréis nunca, jamás, sobre nosotros, porque nosotros somos anarquistas, y anarquía es devenir constante.

Quizá nuestros caminos se encuentren alguna vez: será mañana, en el instante de la batalla cruenta contra el común enemigo. Mas derrotado el enemigo de todos, nuestros caminos se bifurcarán, porque vosotros tiráis al Estado, a la eminencia, como tiran las cabras

a los montes; y nosotros, como ayer, como hoy y como siempre, tiramos hacia la Anarquía.

Y es que somos espíritus opuestos, tal lo dicen bien claro en este momento mismo, vuestras agrupaciones y los nuestras: tan disciplinadas aquellas; tan ariscas, tan amplias y tan abiertas éstas.

Año 1920

PUNTOS DE VISTA Y ETC.

Los anarquistas tenemos nuestro punto de vista y es desde él que decimos de los sucesos próximos o distantes, que hacemos nuestros comentarios de los acontecimientos, que elaboramos nuestros juicios a raiz de cualquier hecho.

Cuando tenemos o queremos expresar lo que sentimos alrededor de cualesquier asunto, no nos situamos sino en nuestro punto de vista; y no por dogmatismo doctrinario, ni por mantener la más estricta consecuencia con las ideas que propagamos, ni por estrechez mental o psicológica, ni por querer referirlo todo al espacio de nuestro marco, sino porque los anarquistas somos así, debemos ser así: la expresión más completa, más armónica, moral, intelectual y aún actuante, del espíritu amplio, libre, abierto, de nuestra propia doctrina.

Tenemos, pues, un modo de sentir, de sér, de actuar, de ver y de pensar; vale decir, tenemos nuestro punto de vista, nuestra cumbre, nuestra atalaya; o, lo que es lo mismo, somos anarquistas y como tales nos manifestamos. Ello significa que los anarquistas poseemos un sentido que nos es propio.

Sentado esto ¿no incurriríamos en la más flagrante de las contradicciones si al tener que decir sobre un suceso local o universal nos situáramos en el punto de vista de un juez, de un capitalista o un católico? Y en tal caso, ¿no seríamos unos saltimbanquis, unos camaleones, unos politiqueros, antes que lo anarquista que queremos ser siempre en todo y para todo?

Cuando llevamos nuestro ataque contra la institución del matrimonio religioso o civil, lo hacemos desde nuestro punto de vista de anarquistas. Lo mismo hacemos si se trata de atacar la propiedad privada, el patriotismo, etc. Criticamos, pues, con los conceptos de nuestra psicología anárquica.

Durante la pasada guerra europea, muchos anarquistas creyeron sin embargo, necesario, dejar de enfocarla con el sentido anárquico que está contra toda guerra, porque se trataba de una lucha especial. Es así que

se hicieron defensores de un bando y enemigos del otro, gritando a todo trapo que el militarismo alemán debía ser destruído. Cuando otros anarquistas, mirando desde el punto de vista de su doctrina, respondieron ante la barbarie desencadenada, con los gritos de: «¡abajo, abajo la guerra!», fueron tachados de dogmáticos, de ignorantes y de ortodoxos; y hasta se les dijo que favorecían con su actitud el triunfo del despotismo germano.

No discutamos ahora quien tuvo razón. Pero anotemos el hecho: el militarismo teutón fué, en efecto derrotado, mas no el militarismo en sí, como se auguraba, pues hoy contemplamos otro, surgido tras la derrota, tan bárbaro como aquel y tan afanoso, como cualesquier bárbaro, de destruir la nueva civilización que puja por afirmarse.

Esto nos demuestra que no es abandonando nuestro punto de vista como deberemos hacer crítica, juicios y comentarios sobre los sucesos; que por el contrario, es manteniéndonos firmes, resueltos e intransigentes en él, que tenemos que encararlos, sean ellos los que fueren, ya favorezcan en parte nuestra propaganda o ya la nieguen rotundamente. Esto nos demuestra, además, que no podemos ahora ni nunca, darnos al oportunismo en que divagan los dogmáticos del antidogmatismo, que a fuerza de mirar las realidades que los entusiasman fácilmente, han concluído por esterilizarse para toda penetración. Nos demuestra también que las ideas que sustentamos no adquieren ningún valor porque las adaptemos o conformemos a la realidad que las niega; que, por el contrario, lo pierden completamente, dejando de ser ellas mismas, para ser otras, tal pierde la virtualidad que lo hace respetable y obliga a que se le escuche, el comunista que se vuelve terrateniente o el que propagando el amor libre acepta la sanción civil o religiosa para su amor. Y esto nos demuestra, en fin, que si somos anarquistas, es como tales que debemos hacer la crítica de cuanto vemos y cuanto nos rodea, y no usando una medida para unas cosas y otra medida para otras.

Los anarquistas tenemos, pues, nuestro punto de vista y es desde él que decimos de los sucesos, hacemos nuestros comentarios y elaboramos nuestros juicios.

El burgués tiene el suyo; el político, el patriota, el maximalista, también. Muchos no tienen ninguno, y muchos tienen varios...

Contra todos esos, estamos los anarquistas.

Año 1920

COMO HACE EL MAR

Es un un momento dado, a raíz de una huelga más o menos importante, de un acto de violencia más brutal que otras veces, de un incidente sublevador cualquiera, se producirá un estado revolucionario (algo así como una semana de Enero, por ejemplo), que los que estamos machaque que te machaque en el pueblo, procurando incubar en su espíritu la fe en sí mismo y nada más que en sí, tenemos el deber de llevar—voluntad en tensión, como la cuerda de arco de las flechas—hasta sus últimos extremos, para tenerlo más definitivamente asegurado.

Este estado desconcertará, es indudable, a las clases burguesas y directoras, que si como acostumbran, recurren a la fuerza, ahondarán más los odios y con ellos la fiebre de pelea; y que si no recurren a ese único medio, a veces salvador y a veces no, quedarán en una situación tan manifiesta de ridículo, de impotencia o de incapacidad, que apresurará, de igual manera, su inevitable fracaso.

La gran cuestión de las cuestiones es producirle al Estado una «situación de hecho» que lo ponga como entre la espada y la pared. Y así, u obra de inmediato, y entonces su clásica brutalidad quién sabe hasta dónde puede llegar, según las resistencias que halle afuera y los inconvenientes que halle en sí, trabándole mucha parte de su acción; o no obra, esperando, porque es artero, a que la tensión desaparezca, por abatimientos y cansancios, y entonces también, quién sabe si una actitud de tal naturaleza no lo arrastre más precipitadamente hacia la quiebra.

Tarde o temprano esta situación de hecho se producirá. A ella nos lleva la violencia imperante, bajo todas sus formas, que es cada día más avasallante, y nuestra misma propaganda sin descanso, que tiene ese objetivo por primero.

Si el Estado apela de inmediato a la violencia, organizando la represión como siempre ha sabido organizarla, es claro que cuanto hagamos nosotros en respuesta y cuanto hagan los que nos acompañen, estará bien: la brutalidad no merece ser contrarrestada sino con brutalidad.

Si por el contrario, desconcertado desde el primer momento, le da por esperar a que los horizontes se le aclaren, en lugar de ponerse como estúpido a dar patada aquí y coz allá, nuestra misión deberá concretarse a

vivir arma al hombro, prevenidos, influyendo a que la toma de posesión no pare un sólo instante, abriéndose cada vez más en actos sucesivos, extendiéndose, abarcando mayores zonas. Y como, por otra parte, no se trata de prolongar éste estado de duda, que tanto aprovechan las reacciones para prepararse y para reponerse, sino de precipitar con la mayor rapidez todas las decisiones, es claro que será siempre mucho más conveniente para todos, obligar la ruptura, único y mejor modo de que los horizontes se despejen.

Puesto ya el pueblo, y nosotros con él, al trabajo de la ocupación y expropiación, no hay para qué decir que toda conversación con el Estado será desde ese instante inadmisible y debe ser considerada como traición. Y es justo esto, pues toda conversación, en tales casos, supone un principio de debilidad y un reconocimiento de lo que el acto revolucionario comenzara a desconocer en el mismo momento de iniciarse.

La voz de orden, pues, debe ser de ¡adelante! y ¡adelante! sin consideraciones de ninguna clase. Y nuestros objetivos, despejar, despejar constantemente la ruta sobre la cual se puso el pie, ya atropellando obstáculos o ya cubriéndolos, como hace el mar al inundar las playas.

Año 1920

LA NAVE DEL ESTADO

Era una vieja nave, toda destartalada y llena de remiendos y parchones, que iba, tumbo tras tumbo, navegando sobre las turbias aguas, ora furentes, casi siempre mansas, del generoso «pueblo soberano»...

Pero un buen día hubo de zozobrar. Fué allá en Europa, hacia el lado oriental, tras una guerra cien mil veces cruenta, que tiñera de rojo las turbias aguas siempre fecundas, y explotadas siempre.

¿Pensais que aquellos senos gigantescos, vibrantes de dolor, cargados de odio, se tragaron la nave maldecida, para que nunca más volviera a hacer un surco, ni un rasguño siquiera, sobre la superficie en que se mantuviera tantos siglos? Pues pensais mal, porque no la tragaron: no hicieron más que darle media vuelta, volcarla de tiranos, y volverla otra vez de cara arriba, porque «la naturaleza no hace saltos», porque «hay que seguir el curso de la historia» y dejar de ponerse a «chocar terriblemente con la realidad y la lógica más elemental», como luego, frente a los hechos consumados, muchas personas bien intencionadas salieron a decirnos por aquí.

¿Qué sucedió después con esa nave tan desvencijada que, limpia de tiranos, volvióse cara arriba a continuar el curso de la historia? Sucedió que del mar de turbias aguas tintas de rojo y de dolor rugientes, saltaron prontamente a la cubierta, muchas salpicaduras. Y he ahí que la nave volvió a tener gobierno... «transitorio», al decir de su almirante que «ha mostrado su puño» aferrado al timón, y ha prometido llevarla a destrozarse contra los arrecifes enclavados a las puertas gloriosas del futuro.

Tal actitud del mar, levantando sus olas soberanas, a cuyo empuje fué desmantelada la nave secular, llena de tiranías, que con inmenso orgullo lo surcaba, tal actitud del mar, enrojecido de odios y de sangre, fué unánimemente celebrada, cantada, bendecida por todos los demás dolientes mares de otras regiones u otras latitudes.

Pero cuando se vió a la vieja nave surgir de entre las aguas en revuelta, y aún bailoteando, igual que una ligera cascarilla, ponerse a otear, sus nuevos tripulantes, rumbos, señas, caminos, direcciones, entonces se comprendió que todo aquel soberbio maremoto, hirviente, rugidor, avasallante, de las primeras horas, marchaba poco a poco hacia su desnaturalización... Y hubo en el mar de fondo de los pueblos, sino una decepción, una amargura.

Es el caso de Rusia. La nave del Estado cambió de manos y cambió de insignias. Como las manos respondían a otra educación y otros afanes, las insignias, es claro, simbolizaron otros sentimientos; pero los métodos continuaron siendo los mismos: leyes, decretos y dictaduras. Y como las leyes, los decretos y las dictaturas, quieren ser obedecidos, y toda obediencia supone pasividad, y toda pasividad es anuladora, claro es también que «la idea maravillosa de los soviets, perdiera todo su significado» al perder la libertad de iniciativa. Y ésto, como muy bien ha dicho Kropotkine, «constituye un retroceso y equivale a la condena a muerte de la reconstrucción».

Por eso, los anarquistas que *no queremos mandar ni ser mandados*, no podemos aceptar ni ahora ni nunca, ni bajo ningún pretexto, prácticas de semejante naturaleza. Por eso protestamos desde el primer instante de la reconstrucción dictatorial, contra ella misma, sin creer ni pensar que íbamos así a «favorecer a la burguesía universal». Por eso hemos preferido «chocar terriblemente (como chocamos todos los días), contra la realidad y la lógica más elemental», que aconsejan cordura, sensatez, paciencia y barajar, antes que torcer el curso de nuestros pensamientos, que si ayer tuvieron sentido frente al Estado capitalista, no iban hoy a dejarlo de tener frente al Estado llamado proletario. Por eso levantamos nuestra voz, advirtiendo que no hay que seguir el curso de la historia, como en Italia los socialistas y demás templados, sino desviarlo siempre, como procuran hacerlo los anarquistas en todas partes. Y por eso y en fin, estamos y estaremos contra los timoneles de la actual «realidad» y los de las «realidades» que se sucedan, sean ellos del color que sean.

Es así que hemos dicho: destruid, destruid las naves si es que queréis alguna vez gozar los bellos frutos de la libertad.

Y lo seguiremos diciendo, porque somos anarquistas.

Año 1920

LA ANARQUIA POSITIVA

Los anarquistas viejos como los nuevos, los de ayer como los de hoy y como los de siempre, jamás dudaron, ni un solo instante, de que la libertad no fuera una cosa practicable. Es que ni aquellos, ni estos, ni nosotros, cuando hablábamos de la libertad, lo hacíamos como el filósofo de lo abstracto y lo absoluto que no la entiende sino en lo solitario, lejos, lejísimo de toda relación.

Propagar la anarquía, no fué nunca, para los anarquistas, propagar una idea de infinito, eterna, irrealizable. Esto vino después, con el cansancio de muchos propagandistas que no pudiendo ver traducidas al hecho las ideas, cayeron poco a poco en ese escepticismo desolante, que considera todos los asuntos desde el fuero interior o la conciencia. Pero nó, la anarquía no era eso ni podía tampoco serlo. No era lo irrealizable sino lo práctico. Y es que no se trataba de un problema interior—si bien jamás llegara a despreciarlo—sino externo, evidente, positivo.

Teníamos *arquías* por todas parte. (Arquía quiere decir gobierno). Las sociedades humanas se habían movido en todos sentidos, pero sin abolir nunca sus *arquías*. De las manos de los adivinos y derviches pasaron a las de los sacerdotes, señores, príncipes y reyes. De las de los reyes a las de los presidentes y parlamentos, al iniciarse las repúblicas. La *arquía* fué, pues, constantemente una realidad. Pero Proudhón, ha dicho Kropotkine, «habiendo encontrado un momento de reflexión después de los acontecimientos de 1848, vino a oponer la *anarquía* a todas las *arquías* y todas las *cracias*».

La anarquía, entonces, no es, como se ve, otra cosa que la idea de la libertad opuesta a la de gobierno: la anarquía es el *no gobierno.*

Fijados así los términos, ¿es posible seguir diciendo que la anarquía es una idea de infinito, eterna, irrealizable?

Para nosotros, anarquistas, que creemos posible una existencia social sin gobierno, la idea de la anarquía es una idea práctica, que los hombres alcanzarán a realizar antes de que la tierra se enfríe.

Sí; los hombres concluirán por abolir el gobierno. Quizá antes de eso tantearán otros terrenos, ensayarán otras cosas. Pero es seguro que al fin se convencerán de que el gobierno no puede añadir nada a la felicidad, al amor, al bienestar; es más: se convencerán que está en oposición dura y constante con esos deseos. Y convencidos de ello, lo extirparán definitivamente, como después de muchas cataplasmas y emolientes concluyen los doloridos de las muelas, por donde debieron haber comenzado: extraérselas.

Y entonces los hombres serán libres, porque no tendrán gobierno, que es lo que significa negativamente la palabra anarquía y es lo que queremos para todos, los anarquistas.

Llegados a este extremo, los hombres concertarán sus relaciones en otra forma, celebrarán sus pactos libres, acordarán sus nuevos modos de procedimiento para los sucesivos desarrollos...

¿Mas qué puede importarnos a nosotros el *cómo*, cuando para nosotros estriba la cuestión en una relación sin sanciones de arriba, de un poder tan centralizador, tan inútil, tan parásito e infecundo para el bien, como es ese del gobierno?

Y bien, si «el movimiento se demuestra andando», demostremos la anarquía haciéndola, haciéndola desde hoy, desde ya mismo, en nuestras relaciones con los demás, y haciéndola mañana, tras la revolución, por los medios más prácticamente libertarios y el espíritu más lejos de todo mando, generalato, gobierno o dictadura.

Año 1921

REALIDAD DE REALIDADES

Resulta que en esta vida, no hay nada que salga a pedir de boca. Ello es de una realidad tan evidente, que hasta los mismos que viven haciéndole mil cumplidos a la propia realidad, no nos lo podrían negar.

Se enamora un obscuro ciudadano de una niña también obscura, y ella se enamora de él. Viven mirándose codiciosos, viven bebiéndose el alma a pura pupila limpia, viven deseándose, en fin. Pero que se atreva él a pedirla un solo beso, y la realidad en persona (la persona de la niña), le responderá, resuelta, con el más rotundo nó.

Para conseguir el beso que ambiciona, nuestro obscuro ciudadano, (y tras un beso viene otro) debe trabajarse el hombre, con ahinco y con tesón, a la esquivona damita. ¡Y eso que no es más que un beso lo que se le ha rogado! Calcúlese pues, el mucho mayor trabajo que dará conseguirse de la niña la aceptación, por ejemplo, del matrimonio sin ley ni dios...

Pero el hombre valeroso no desiste, por grande que sea la negativa. El sabe que si Colón descubrió un mundo, fué por el empecinamiento que puso en empresa tal. El sabe, además, que el *plus valor* de las cosas reside en el *plus trabajo* que ellas nos hayan costado, o, sea dicho de un modo paradojal, que vale más lo que más cuesta. Y como sabe todo eso, y como tampoco ignora que, al igual que en el amor en cualesquier otro asunto, no es lo fácil lo de más dulce sabor, ni lo bello, ni lo digno, ni lo mejor, ni lo cierto, sino precisamente lo contrario, no se entrega a la realidad como cualquier flojo, no le rinde sus homenajes como cualquier maulón sin envergadura, y pone sus empeños, sus ansias, sus pensamientos, su vida entera, por la victoria de su amor o de su ideal.

Los anarquistas somos así. En lid abierta, sin tregua, con cuanto ganado por la anquilosis, opone sus resistencias de piedra inerte o de «frío cadáver de borrico», a todos los avances del progreso y a todos los efluvios de la pasión creadora, no desistimos ni nos decepcionamos, ni nos rendimos nunca, por mucha y grande y fuerte que sea la oposición que se nos haga, y por muy pobres que se nos presenten los resultados.

Ya sabemos que nada, ni lo más simple, sale jamás en esta vida a pedir de boca. ¿Vamos entonces a desesperar o vamos a entregarnos cual verdaderos tránsfugas, a cuanto nos circunda, porque los frutos de nuestra lucha tenaz no sean los esperados tan ardientemente? Jamás tampoco. Vamos, mejor, a continuar luchando. Y estamos tan seguros de que a un precio de tal naturaleza es como puede conseguirse el triunfo, y estamos al propio tiempo tan avisados por la misma experiencia de la historia, infinidad de veces repetida, de que todo otro camino será siempre engañoso, defraudará ilusiones y esperanzas, que así la realidad nos pe-

que vuelta a vuelta en los nudillos como el maestro clásico a los niños, no nos hará torcer ni un solo ápice de nuestra recta línea de conducta hasta hoy seguida, ni nos convencerá de que para nuestro objetivo de anarquistas, haya que homenajearla servilmente, tal que a un mandón su impudente cohorte de adulones.

No nos vengan a nosotros, pues, con gesto descompuesto y revolear de brazos, a gritarnos que hemos perdido el sentido de la realidad, porque no estamos por la dictadura que llaman proletaria.

No nos vengan que con nuestra negativa a propiciarla, hacemos obra contrarrevolucionaria.

No nos vengan con el cuento de que no hay derecho a exigir una consecuencia anárquica a los anarquistas, porque no vivimos en anarquía. Ni nos vengan en fin, con sofismas, colazos despreciativos y otras pamplinas.

Nosotros decimos que «las mismas causas producen idénticos efectos», que los dueños del poder, están por su condición de tales, obligados fatalmente a abusar de ese poder; que toda gente con mando se deshumaniza, se torna perfectamente arbitraria, despótica, criminal y mentirosa; que no hay en alturas tales, bueno que no se marée, ni bien intencionado que no cometa animaladas. Y esto lo decimos después de muchos siglos de vivir palpando realidades más grandes que montañas.

Y hasta que no nos prueben lo contrario, con *reales realidades* también, los que con ellas han fabricado un lábaro que, queriéndolo o no, los ironiza, nosotros continuaremos como hasta hoy, defendiendo las ideas anarquistas, y considerando tránsfugas, traidores o sinvergüenzas, a cuantos diciéndose libertarios aspiren a adueñarse del poder en nombre del proletariado o de Caifás o de Cristo, y defiendan o auspicien ese burgués concepto de la doctrina marxista.

Año 1921

DEL PECADO ORIGINAL

¡Basta ya! Sabemos lo que es la disciplina y qué se quiere cuando de eso se habla.

Una organización bien centralista, un genio providente en medio de ella, con la batuta en la diestra y el rebenque o la espada en la siniestra; una degradación de jerarquías desde el punto central hasta la periferia, y una gran cohesión, sin intersticios, de la suma total, lograda siempre por el renunciamiento de la personalidad y la abdicación de la dignidad.

He ahí el ideal de cuantos nos propician disciplina como un sánalotodo, como un bálsamo único, como una panacea universal contra el vigente mal, de puro latrocinio y tiranía, que es la moderna sociedad burguesa. ¡Nunca los mayores posesos de fiebre autoritaria, ambicionaron ni más ni menos!

¿Y es en un círculo así—vicioso círculo que ha de llevarnos siempre al punto de partida,—que se quiere mover la vida de los distintos pueblos del planeta?

¿Y es con un ideal de esa naturaleza cuartelera que se aspira a derrocar definitivamente a la burguesía?

¿Y es con semejante procedimiento que se espera sacar a flote el mundo nuevo, de generosidades, con que soñaron todos los descamisados de la tierra?

¡Basta ya, basta ya! Sabemos lo que es la disciplina y qué se quiere cuando de eso se habla.

Pero nosotros somos anarquistas, vale decir, que no queremos ni dioses en los cielos ni amos sobre la esfera que pisamos. Y por eso decimos a nuestro prójimo: ¡no obedezcas jamás, hazte un rebelde, sé siempre una conciencia sublevada!

Es así que frente a todos esos programas de disciplina, que piden, para mejor cumplirse, ser acatados sin control ni discusión, oponemos el nuestro de libertad sin trabas ni cortapisas

Es así que no pedimos ser obedecidos ni indiscutidos, como cualquier dogmático de aquellos que se creen los únicos depositarios de la verdad.

Es así que jamás nos pensemos ni providencias ni genios con aptitudes para regular las relaciones sociales de la humanidad entera.

Es así, en fin, como hemos llegado a la siguiente, sencilla conclusión: *Nada hay como la libertad para la realización de la armonía.*

En vano se nos querrá probar «científicamente», como se expresaban hace cincuenta años otros pretensiosos, que la libertad es desorganizadora. En vano se nos dirá que sin disciplinas no puede haber concierto. En vano se pretenderá demostrarnos, como tres y dos son cinco, que la confianza depositada en los jefes no sea el abdicamiento de la confianza propia. En vano se esperará convencernos de que no hay tales carneros... En vano, en vano.

Nosotros, utópicos todo lo que se quiera respecto a nuestras grandes corazonadas, pero también positivistas a machamartillo frente a las realidades que palpamos, no podremos participar jamás de las misérrimas opiniones de nuestros científicos pergeños. Y es que basta a cualquiera dar nada más que una ojeada simplísima a la historia, para convencerse de inmediato que el peca-

do original de toda desorganización, de todo desconcierto, de toda desarmonía y discordia, está en los jefes, vive en los autoritarios, radica en fin en los preceptuadores de disciplina,—tipos de imbecilidad tan manifiesta, de psicología tan negativa, que no comprenden la vida de relación, sin carriles, sin laderos, sin pautas, sin índices ni reglamentos.

Año 1921

INDICE